

Teun A. van Dijk
Universidad de Amsterdam

El Análisis Crítico del Discurso (traducción de Elsa Ghio)

¿Qué es el Análisis Crítico del Discurso?

El Análisis Crítico del Discurso es un tipo de investigación en análisis del discurso que estudia primordialmente las formas en que el abuso de poder, la dominación y la desigualdad social se constituyen, se reproducen y se cuestionan en los textos y en las conversaciones en contextos políticos y sociales. Desde esta investigación disidente, los analistas críticos del discurso asumen explícitamente una posición que intenta comprender, denunciar y, en última instancia, combatir la desigualdad social.

Algunas afirmaciones sostenidas por el Análisis Crítico del Discurso pueden hallarse en la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt, previa a la Segunda Guerra Mundial (Rasmussen, 1996). El interés por el lenguaje y el discurso comenzó con la 'lingüística crítica' que surgió (principalmente en Gran Bretaña y Australia) a fines de la década de 1970 (Fowler, Hodge, Kress & Trew, 1979; ver también Mey, 1985).

El ACD, como se abrevia habitualmente en español, tiene sus contrapartes (equivalentes) en los desarrollos 'críticos' de la sociolingüística, la psicología y las ciencias sociales, algunos de los cuales se remontan a principios de 1970 (Birnbaum, 1971; Calhoun, 1995; Fay, 1987; Fox & Prilleltensky, 1997; Hymes, 1972; Ibañez & Iñiguez, 1997; Singh, 1996; Thomas, 1993; Turkel, 1996; Wodak, 1996). Como ocurre con las disciplinas vecinas, el ACD puede ser considerado como una reacción contra los paradigmas formales dominantes (a menudo 'no sociales' o 'acríticos') de las décadas de 1960 y 1970.

El ACD no es una orientación, una escuela o una especialidad –similar a otros 'enfoques' de los estudios discursivos. Más bien, pretende ofrecer una 'perspectiva' o un 'modo' diferente de construir teoría y de realizar análisis y aplicaciones en todo este vasto campo de estudio. Es posible encontrar perspectivas más o menos críticas en áreas tan diversas como la pragmática, el análisis de la conversación, el análisis de narrativas, la retórica, la estilística, la sociolingüística, la etnografía o el análisis de los medios de comunicación, entre otros.

El análisis de la sociedad y el discurso

Es muy importante para los analistas críticos del discurso hacer explícita la conciencia crítica de su función social. Continuando una tradición que rechaza la posibilidad de una ciencia 'libre de valores', sostienen que la ciencia, y especialmente el discurso académico, constituyen una parte inherente de la estructura social, que se encuentran influidas por ella y se producen en la interacción social. En vez de negar o ignorar esa relación entre el mundo académico y la sociedad, sostienen que esas relaciones deben ser estudiadas y explicadas por derecho propio, y que las prácticas académicas deberían tener en cuenta las nociones derivadas de esos estudios. También en el análisis del discurso la formación de teorías, la descripción y la explicación, nos guste o no, están socio-políticamente 'situadas'. La reflexión sobre el rol de los intelectuales en la sociedad y en la organización política se vuelve parte inherente de la empresa analítica del discurso. Esto puede significar, entre otras cosas, que los analistas del discurso dirigen investigaciones en solidaridad y cooperación con los grupos dominados.

La investigación crítica sobre el discurso necesita satisfacer ciertos requerimientos para poder realizar efectivamente sus propósitos (objetivos):

{ Como ocurre a menudo con las tradiciones de investigación marginales, para lograr ser aceptado es necesario que el ACD sea 'mejor' que otras investigaciones.

{ Se interesa primordialmente por los *problemas sociales* y por aspectos políticos, en lugar de los paradigmas y modas del momento.

{ Un análisis crítico empíricamente adecuado de los problemas sociales es por general *multidisciplinario*.

{ En lugar de simplemente *describir* las estructuras sociales, trata de *explicarlas* en términos de propiedades de la interacción social y especialmente de la estructura social.

{ Más específicamente, el ACD centra la atención en el modo en que las estructuras discursivas constituyen, confirman, legitiman, reproducen o cuestionan las relaciones de *poder* y *dominación* en la sociedad.

Fairclough & Wodak (1997: 271-280) sintetizan los siguientes principios fundamentales del ACD:

- 1} El ACD está orientado hacia problemas sociales
- 2} Las relaciones de poder son discursivas
- 3} El discurso es parte integrante y constituyente de la sociedad y la cultura
- 4} El discurso tiene efectos ideológicos
- 5} El discurso es histórico
- 6} El vínculo entre texto y sociedad es un vínculo mediado
- 7} El análisis del discurso es interpretativo y explicativo
- 8} El discurso es una forma de la acción social

Algunos de estos principios han sido discutidos más arriba, pero otros requieren un análisis teórico más sistemático, y aquí presentaremos algunos fragmentos de ellos como base más o menos general de los principios del ACD (para mayores detalles acerca de estos objetivos de los estudios en análisis crítico del discurso, ver, por ejemplo, Caldas-Coulthard & Coulthard, 1996; Fairclough, 1995; Fairclough & Wodak, 1997; Fowler, Hodge, Kress & Trew, 1979; van Dijk, 1993b).

Marcos teóricos y conceptuales

Dado que el ACD no es una orientación específica de investigación, no posee un marco teórico unitario. Dentro de los objetivos mencionados, hay muchos tipos de ACD, y cada uno puede ser bastante diverso desde el punto de vista teórico y analítico. El análisis crítico de la conversación es bastante diferente de un análisis de las noticias periodísticas o de las clases y la enseñanza en la escuela. No obstante, dada la perspectiva y los objetivos generales comunes al ACD, también es posible hallar marcos teóricos y conceptuales estrechamente relacionados. Como se ha sugerido, en gran medida el ACD formulará preguntas acerca del modo en que se despliegan estructuras discursivas específicas en la reproducción de la dominación social, ya sea de una (parte de) conversación o una noticia periodística u otros géneros y contextos.

De modo que el vocabulario típico de muchos especialistas en ACD se caracterizará por la presencia de nociones como las de 'poder', 'dominación', 'hegemonía', 'ideología', 'clase', 'género', 'raza', 'discriminación', 'intereses', 'reproducción', 'instituciones', 'estructura social', 'orden', además de las nociones analíticas que son más comunes dentro del análisis del discurso.

No sorprende, entonces, que la investigación en ACD también haga referencia muchas veces a los filósofos y a los científicos sociales más destacados de nuestro tiempo, y a sus teorizaciones acerca de éstas y de otras nociones fundamentales. De manera que, por cierto, serán muy frecuentes y comunes las referencias a los principales representantes de la Escuela de Frankfurt y al trabajo más contemporáneo de Habermas (por ejemplo, su enfoque del 'discursivo' de las normas y la legitimación de la democracia). Asimismo, muchos estudios críticos harán referencia a los trabajos de Foucault que se ocupan de nociones como poder,

dominación y disciplina o de la noción más filosófica de 'órdenes del discurso'. Más recientemente, los numerosos estudios sobre lenguaje, cultura y sociedad de Bourdieu han sido ampliamente influyentes, por ejemplo, su noción de 'habitus'. Desde otra perspectiva sociológica, la teoría de la estructuración de Giddens se suele mencionar en algunas ocasiones.

Estas influencias también muestran que una importante tradición de los estudios críticos como la teoría neo-marxista, inspirada por el pensamiento de Gramsci, ha sido cada vez más reemplazada por otros enfoques.

Queda fuera de los propósitos de este artículo detallar (y criticar) estas diversas influencias y fundamentos filosóficos y sociológicos del ACD. También hay que tener en cuenta que aunque muchos de estos filósofos sociales y sociólogos hacen un amplio uso de las nociones de lenguaje y discurso, pocas veces se involucran en análisis del discurso explícitos y sistemáticos. Por cierto, adoptar nociones sociológicas o filosóficas sobre el lenguaje y el discurso que no estén debidamente informadas por la lingüística y el análisis del discurso contemporáneo, sería lo último que deberían hacer los especialistas en el discurso crítico. En cambio, las investigaciones que acabamos de mencionar son especialmente relevantes para poder emplear conceptos fundamentales acerca del orden social y, por tanto, para la construcción de una meta-teoría del ACD.

De manera que, en lugar de realizar una reseña extensa del trabajo filosófico y sociológico que podría resultar pertinente para la empresa del ACD, centraré la atención en ciertos conceptos básicos para poder diseñar, así, un marco teórico que relacione críticamente el discurso, la cognición y la sociedad.

Macro vs. Micro

El uso lingüístico, el discurso, la interacción verbal y la comunicación pertenecen al micro-nivel del orden social. El poder, la dominación y la desigualdad entre los grupos sociales son términos que pertenecen típicamente al macro nivel del análisis. Esto significa que el ACD tiene que construir un puente teórico sobre la bien conocida 'grieta' entre los enfoques micro y macro, distinción que, por cierto, es un constructo de la sociología (Alexander, et al., 1987; Knorr-Cetina & Cicourel, 1981).

En la interacción y en la experiencia cotidiana el micro y el macro nivel (y los 'meso-niveles' intermedios) forman un todo único. Por ejemplo, un discurso racista en el parlamento es un discurso en el micro-nivel de la interacción social en la situación específica de un debate, pero, al mismo tiempo, puede implementarse, en el macro-nivel, como parte constitutiva de una legislación o de la reproducción del racismo.

Hay muchas maneras de analizar y salvar las distancias entre estos distintos niveles, de manera de poder arribar a un análisis crítico unificado:

a) Miembros-Grupos: los usuarios de la lengua se involucran en el discurso como miembros de (muchos) grupos, organizaciones o instituciones sociales; y a la inversa, los grupos pueden actuar 'en lugar de' sus miembros.

b) Acciones-Procesos: las acciones sociales de actores individuales son, de este modo, parte constitutiva de las acciones de grupo, de procesos sociales como la legislación, la producción de noticias o la reproducción del racismo.

c) Contexto- Estructura Social: del mismo modo, las situaciones de interacción discursiva son parte constitutiva de la estructura social, así como una conferencia de prensa puede ser una práctica típica de las organizaciones y las instituciones de los medios de comunicación. Es decir, los contextos 'locales' y los más 'globales' están estrechamente relacionados, y ambos ejercen restricciones sobre el discurso.

d) Cognición personal y social: como actores sociales, los usuarios de la lengua tienen tanto una cognición social como personal: tienen recuerdos, conocimientos y opiniones personales, y otros que comparten con los miembros del grupo o de la cultura como un todo. Ambos tipos de cognición influyen en la interacción y en el discurso de los miembros individuales, mientras que las 'representaciones sociales' orientan las acciones colectivas de un grupo. De manera que la cognición es también la interconexión crucial (o empleando una metáfora biológica: el eslabón perdido) entre lo personal y lo social, y por lo tanto, entre el discurso individual y la estructura social.

Centrando la atención en la dimensión discursiva de estos diferentes niveles de 'mediación' entre lo macro y lo micro, los mismos principios pueden aplicarse a las relaciones entre:

a) instancias específicas de textos y conversaciones (por ejemplo, un informe periodístico),

b) eventos comunicativos más complejos (todas las acciones involucradas en la producción y la lectura de informes periodísticos),

c) los informes periodísticos en general, como género, y

d) el orden de discurso de los medios masivos de comunicación (ver también Fairclough & Wodak, 1997: 277-278).

El poder como control

Una noción central en la mayor parte de las investigaciones sobre el discurso es la de poder y, más específicamente, la de *poder social* de grupos o de instituciones. Resumiendo un complejo análisis filosófico y social, definiremos el poder social en términos de *control*. Los grupos tendrán (más o menos) poder si son capaces de controlar (más o menos) las acciones y las mentes de (los miembros de) otros grupos. Esta habilidad presupone una *base de poder* para el acceso privilegiado a unos recursos sociales escasos, como la fuerza, el dinero, el status, la fama, el conocimiento, la información, la 'cultura' o las diferentes formas de la comunicación y el discurso público (para la vasta literatura sobre el poder, ver, por ejemplo, Lukes, 1986; Wrong, 1979).

Pueden distinguirse diferentes *tipos de poder* según los diferentes recursos que se emplean para ejercerlo: el poder coercitivo de los militares y los hombres

violentos se basa preferiblemente en la fuerza; los ricos tienen poder a causa de su dinero, mientras que el poder más o menos persuasivo de los padres, los profesores o los periodistas puede basarse en el conocimiento, la información o la autoridad. Advértase también que el poder rara vez es absoluto. Los grupos pueden tener más o menos control sobre otros grupos, o sólo pueden controlarlos en situaciones o dominios sociales específicos. Además, los grupos dominados pueden resistirse, aceptar, disculpar, acatar o legitimar más o menos ese poder, y hasta pueden considerarlo 'natural'. El poder de los grupos dominantes puede estar incorporado en las leyes, las normas, las reglas, los hábitos e incluso en un consenso más o menos general y, de ese modo, asume la forma de lo que Gramsci llamó 'hegemonía' (Gramsci, 1971). La dominación de clases, el sexismo y el racismo son ejemplos característicos de esa hegemonía. Téngase en cuenta, además, que el poder no siempre se ejerce mediante actos de abuso obvios o explícitos por parte de los miembros del grupo dominante, sino que puede estar incorporado en la miríada de acciones que se dan por sentadas en la vida cotidiana. De igual manera, no todos los miembros del un grupo poderoso son siempre más poderosos que todos los miembros de grupos dominados: el poder sólo se define aquí para los grupos como una totalidad.

Para nuestro análisis de las relaciones entre discurso y poder, primero debemos señalar que el acceso a ciertas formas específicas de discurso, por ejemplo, la de la política, los medios o la ciencia, es en sí mismo una fuente de poder. En segundo lugar, como ya se sugirió antes, la acción es controlada por nuestras mentes. De manera que, si fuésemos capaces de influir en la mente de otras personas, por ejemplo, sobre sus conocimientos u opiniones, indirectamente podríamos controlar (algunas de) sus acciones. Y tercero, dado que las mentes de las personas son influidas de manera típica por el texto y la conversación, descubrimos que el discurso puede, por lo menos indirectamente, controlar las acciones de las personas, como sabemos que lo hace la persuasión y la manipulación.

Por último, cerrando el círculo discurso-poder, cabe destacar que aquellos grupos que controlan el discurso más influyente también tienen más oportunidades de controlar las mentes y las acciones de los otros.

El ACD se centra en ese *abuso* de poder, y especialmente en la *dominación*; es decir, en los modos de control discursivo se comete abuso para controlar las creencias y acciones de las personas en interés de los grupos dominantes, y contra los mejores intereses o la voluntad de los otros. El 'abuso' en este caso puede ser caracterizado (muy groseramente) como una violación de una norma que daña a otros, de acuerdo con ciertas normas éticas como las reglas, los acuerdos, las leyes (justas) o los principios de los derechos humanos. En otras palabras, la dominación podría definirse brevemente como un ejercicio ilegítimo del poder.

Simplificando aún más estas intrincadas relaciones, dividiremos el tema del poder discursivo en tres preguntas básicas para la investigación en ACD:

- a) ¿Cómo controlan el discurso público los grupos de (más) poder?
- b) ¿Cómo controla ese discurso la mente y las acciones de los grupos de (menor) poder, y cuáles son las consecuencias sociales de ese control (por ejemplo, la desigualdad social)?
- c) ¿Cómo cuestionan o resisten discursivamente ese poder los grupos dominados?

Acceso y control del discurso

Hemos visto que, entre muchos otros recursos, definen la base de poder de un grupo o institución el *acceso a*, o el *control sobre* el discurso público; la comunicación es un importante recurso 'simbólico', como ocurre en el caso del conocimiento y la información (van Dijk, 1996).

La mayoría de las personas sólo tiene un control activo sobre su conversación cotidiana con los miembros de su familia, los amigos o colegas, y un control pasivo sobre, por ejemplo, las convenciones de los medios de comunicación. En muchas situaciones, las personas comunes son destinatarios más o menos pasivos de los textos o de la conversación, por ejemplo, de sus jefes o maestros, o de las autoridades, como los oficiales de policía, los jueces, los burócratas o los inspectores de impuestos, que pueden decirles qué deben (o no) creer o qué deben hacer.

Por otra parte, los miembros de las instituciones y los grupos sociales más poderosos, y especialmente sus líderes (las elites), tienen un acceso y un control más o menos exclusivo sobre uno o más tipos de discurso público. Así, los profesores controlan el discurso especializado; los maestros, el discurso educativo; los periodistas, el discurso de los medios de comunicación; los abogados, el discurso jurídico; y los políticos, el discurso político y otros discursos públicos. Quienes tienen más influencia y control sobre el discurso (y más propiedades del discurso) también son, por definición, más poderosos. En otras palabras, aquí estamos proponiendo una definición discursiva (y también un diagnóstico práctico) de uno de los principales constituyentes del poder social.

Estas nociones del acceso y el control sobre el discurso son muy generales, y una de las tareas del ACD es aclarar y explicar estas formas de poder. De modo que, si el discurso se define en términos de eventos comunicativos complejos, será posible definir el acceso y el control en relación con el *contexto* y con las *estructuras del texto y la conversación*.

Control del contexto

El contexto se define como la estructura (representada mentalmente) de aquellas propiedades de la situación que son relevantes para la producción o la comprensión del discurso (Duranti & Goodwin, 1992; van Dijk, 1998). Consiste en categorías como la definición general de la situación, el marco (tiempo, espacio), las acciones en curso (incluso los discursos y los géneros del discurso), los participantes en diferentes roles comunicativos, sociales e institucionales, así como sus representaciones mentales: objetivos, conocimientos, opiniones, actitudes e ideologías.

Controlar el contexto implica controlar una o más de estas categorías, por ejemplo, determinar la definición de la situación comunicativa, decidir el tiempo y el espacio del evento comunicativo, o cuáles participantes deben o pueden estar presentes, en qué roles, o qué conocimientos u opiniones deberían (o no) tener, y que acciones sociales pueden o deben cumplir por medio del discurso (Diamond, 1996).

Así, sucede que los contextos como un debate parlamentario, una mesa de trabajo, un juicio, una conferencia, o una consulta con el médico, son controlados, generalmente, por los (miembros de) los grupos dominantes. De modo que sólo los MP tienen acceso al debate parlamentario y sólo ellos pueden hablar (con el permiso del Hablante o el Chair, y durante un espacio de tiempo determinado) y representar a sus electorados, votar un proyecto de ley, y así sucesivamente. En un juicio, sólo los jurados o los jueces tienen acceso a los roles específicos de habla y a géneros como los veredictos. Los secretarios /as pueden tener acceso a las mesas de trabajo, pero a menudo sólo como escribientes silenciosos para levantar actas. Un enfoque ACD se centra específicamente en aquellas formas de control del contexto que se realizan en función de los intereses del grupo dominante.

El control del texto y la conversación

Crucial para la puesta en acto o ejercicio del grupo de poder es el control sobre las estructuras del texto y la conversación. De modo que, al relacionar texto y contexto, ya vimos que los (miembros de) grupos poderosos pueden decidir sobre el/los (posible/s) género/s del discurso(s) o *actos de habla* de una determinada ocasión. Un maestro o un juez pueden solicitar una respuesta directa a un estudiante o a un sospechoso, respectivamente, y no un relato personal o un argumentación (Wodak, 1984a, 1986). De modo más crítico, podemos examinar la manera en que los hablantes más poderosos pueden abusar de su poder en tales situaciones, por ejemplo, cuando los oficiales de policía emplean la fuerza para obtener una confesión de un sospechoso (Linell & Jonsson, 1991), o cuando los editores hombres excluyen a las mujeres impidiéndoles escribir noticias económicas (Van Zoonen, 1994).

Asimismo, los géneros poseen *esquemas* convencionales que presentan diversas *categorías*. El acceso a algunos de ellos puede ser obligatorio o puede estar vedado, por ejemplo, la apertura o el cierre de una sesión parlamentaria es una prerrogativa del hablante o, en ciertas conversaciones, algunos saludos sólo pueden emplearlos los hablantes de un grupo social, un rango, una edad o un género específico (Irvine, 1974).

Vital para todo discurso y para toda comunicación es quién controla los tópicos (macroestructuras semánticas) y el cambio de tópico, por ejemplo, los editores deciden cuáles serán los nuevos tópicos que se van cubrir (Gans, 1979; van Dijk, 1988a, 1988b), los profesores cuáles son los tópicos que se considerarán en la

clase, o los hombres pueden controlar los tópicos y el cambio de tópico en las conversaciones con las mujeres (Palmer, 1989; Fishman, 1983; Leet-Pellegrini, 1980; Lindegren-Lerman, 1983). Como ocurre con otras formas de control del discurso, estas decisiones pueden ser (más o menos) negociables entre los participantes, y dependen mucho del contexto, es decir, de la manera en que los participantes interpretan la situación comunicativa.

Aunque la mayor parte del control del discurso es contextual o global, hasta los detalles locales del *significado*, la *forma*, o el *estilo* pueden ser controlados; por ejemplo, los detalles de una respuesta en clase o en la corte, la selección de ítems léxicos o las jergas en las cortes, las clases o las salas de redacción (Martin Rojo, 1994). En muchas situaciones se puede controlar el volumen y se les puede ordenar a los hablantes 'que bajen la voz' o 'se queden quietos', las mujeres pueden ser 'silenciadas' de muchas maneras (Houston & Kramarae, 1991), y en algunas culturas uno debe 'mascular las palabras' ('mumble') como forma de respeto (Albert, 1972). El empleo público de ciertas palabras puede ser censurado o prohibido por subversivo en las dictaduras, y los cuestionamientos discursivos a los grupos culturalmente dominantes (por ejemplo, blancos, occidentales, hombres) por sus oponentes multiculturales puede ser ridiculizado en los medios como 'políticamente correcto' (Williams, 1995). Por último, las dimensiones de la acción y la interacción discursivas pueden ser controladas mediante la prescripción o la proscripción de actos de habla específicos, y mediante una distribución selectiva de los turnos o las interrupciones (ver también Diamond, 1996).

21 {van Dijk

Lo que podemos inferir a partir de muchos estudios críticos, entre los distintos niveles, es la preeminencia de una estrategia de conjunto, la *representación positiva de sí mismo* del grupo homogéneo dominante, y la *presentación negativa del Otro* en los grupos dominados (van Dijk, 1993a, 1998b). La polarización entre Nosotros y Ellos que caracteriza a las representaciones sociales compartidas y a sus ideologías subyacentes se expresa y se reproduce en todos los niveles del texto y la conversación, por ejemplo, en los tópicos contrastivos, los significados locales, la metáfora y la hipérbole, y en las variadas formulaciones de los esquemas del texto, las formas sintácticas, la lexicalización, las estructuras sonoras y las imágenes.

En suma, virtualmente todos los niveles y estructuras del contexto, el texto y la conversación pueden ser, en principio, más o menos controlados por los hablantes de más poder, y se puede abusar de ese poder a expensas de otros participantes. No obstante, debería destacarse que la conversación y el texto no siempre implican o encarnan directamente la totalidad de las relaciones de poder entre los grupos: siempre es el contexto el que puede interferir, reforzar o transformar esas relaciones. Obviamente, no todos los hombres, ni todos los blancos o los profesores, son siempre dominantes en todas las conversaciones (Kotthoff & Wodak, 1997; Tannen, 1994a).

Control de la mente

Si el control del discurso es la primera gran forma de poder, el control de la mente de las personas será otra de las maneras fundamentales de reproducir la dominación y la hegemonía. Adviértase sin embargo, que 'control de la mente' es sólo una frase conveniente para sintetizar un proceso sumamente complejo. Las investigaciones en psicología cognitiva y la comunicación de masas han demostrado que influenciar la mente no es un proceso tan claro como parecen sugerirlo algunas ideas simplificadoras acerca del control de la mente (Britton & Graesser, 1996; Glasser & Salmon, 1995; Klapper, 1960; van Dijk & Kintsch, 1983). Los receptores pueden ser bastante autónomos y variables en sus interpretaciones y en los empleos que hacen del texto y la conversación, y esto también es una función de la clase, el género o la cultura (Liebes & Katz, 1990). Pero, aunque los receptores rara vez aceptan pasivamente las opiniones de algunos discursos específicos, no deberíamos olvidar, por otra parte, que la mayoría de nuestras creencias acerca del mundo son adquiridas a través del discurso.

Dentro del marco del ACD, el 'control de la mente' implica mucho más que la adquisición de creencias acerca del mundo a través del discurso y la comunicación. El elemento del poder y la dominación ingresa en esta cuestión de diferentes modos, entre ellos:

a) A menos que sean inconsistentes con sus creencias y sus experiencias personales, los receptores tienden a aceptar las creencias (conocimientos y opiniones) que se expresan a través del discurso de las fuentes que consideran autorizadas o confiables o creíbles, como los especialistas, los expertos, los profesionales o los medios confiables (Nesler, et al. 1993). En este sentido, el discurso poderoso se define (contextualmente) en términos del poder percibido de sus autores; por las mismas razones, las minorías y las mujeres pueden ser a menudo percibidas como menos creíbles o confiables (Andsager, 1990; Khatib, 1989; Verrillo, 1996).

b) En algunas situaciones los participantes están obligados a ser receptores de un discurso, por ejemplo, en la educación y en muchas situaciones laborales. Puede ocurrir que, en estos casos, las clases, los materiales de enseñanza, las instrucciones de trabajo y otros tipos de discurso tengan que ser interpretados y aprendidos tal como pretenden los autores de la institución o la organización (Giroux, 1981).

c) En muchas situaciones no hay otro discurso público o medio de comunicación que pueda proporcionar información de la que puedan derivarse creencias alternativas (Downing, 1984).

d) Y –estrechamente relacionado con los puntos previos– puede ocurrir que los receptores no posean el conocimiento y las creencias necesarios para desafiar o cuestionar los discursos o la información a la que son expuestos (Wodak, 1987).

Estos cuatro puntos sugieren que el control discursivo de la mente será una forma de poder y de dominación si ese control se ejerce en interés de los poderosos.

sos y si los receptores ‘no tienen alternativas’, es decir, no poseen otros recursos (hablantes, escritores), ni otros discursos, ni otra opción más que escuchar o leer, y no poseen otras creencias relevantes para evaluar esos discursos. Si la libertad se define por la oportunidad de pensar y hacer lo que uno quiere, entonces esa falta de alternativas será, por definición, una limitación de la libertad de los receptores. Y limitar la libertad de otros, especialmente en función del propio beneficio, es una de las definiciones del poder y la dominación.

Aunque estas condiciones de control de la mente son *contextuales* (dicen algo acerca de los participantes de un evento comunicativo), hay, sin embargo, otras condiciones que son *discursivas*, es decir, son una función de las estructuras y las estrategias del texto o de la conversación en sí. En otras palabras, dado un contexto específico, ciertos significados y formas de discurso logran influir más en la mente de las personas que otras, como lo demuestran la misma noción de ‘persuasión’ y toda la tradición de 2000 años de la retórica.

Analizar la mente

Para analizar los complejos procesos involucrados en el modo en que el discurso puede controlar la mente de las personas, es necesario especificar las minucias representacionales mentales y las operaciones cognitivas estudiadas por la ciencia cognitiva. Dado que aún un resumen breve está fuera del alcance de este capítulo, sólo introduciremos algunas pocas nociones que son necesarias para comprender los procesos de control discursivo de la mente (para mayores detalles ver, por ejemplo, Graesser & Bower, 1990; van Dijk & Kintsch, 1983; Van Oostendorp & Zwaan, 1994; Weaver, Mannes & Fletcher, 1995).

Una primera distinción útil es la que se hace por lo general entre *memoria episódica* o personal, y *memoria social*. La primera puede definirse como el depósito de experiencias o representaciones subjetivas, denominadas *modelos mentales*, y consiste en las opiniones y el conocimiento específicos que las personas han acumulado durante su vida. También la experiencia de la situación en curso, la interacción y el discurso es así representada en un modelo mental, al que podemos llamar *modelo de contexto* (van Dijk, 1998b). El segundo tipo de memoria consiste en las *representaciones sociales*, como el conocimiento socio-cultural más general y abstracto, las actitudes o las ideologías que las personas comparten con otros miembros de un grupo. Aunque esta distinción es a menudo bastante clara, debe advertirse que los grupos también pueden compartir creencias acerca de ‘experiencias colectivas’ o de eventos históricos específicos, como es el caso típico del Holocausto.

De manera que un relato cotidiano se basará típicamente en un modelo mental de una experiencia personal, mientras que un programa partidario o las consignas racistas expresarán más bien las creencias de un grupo. Por cierto, los usuarios de la lengua que no son sólo individuos sino que también pueden expresar

representaciones mentales socialmente compartidas de estos grupos. En el interior de un grupo, las representaciones sociales son típicamente *presupuestas* (se dan por sentadas) por los discursos de los miembros del grupo.

El control discursivo de la mente puede definirse ahora como el control de los modelos mentales y/o de las representaciones sociales de otras personas. Tal control será una forma de dominación (abuso de poder), si se realiza en función del interés de los poderosos y contra los mejores intereses de quienes son de este modo controlados (persuadidos, manipulados). Obviamente, para los propósitos de la investigación en ACD, interesada en el poder social y la dominación, el más relevante para el análisis es el control de las representaciones sociales de un grupo. Ese control puede afectar tanto al conocimiento (creencias factuales) de un grupo, como a las opiniones socialmente compartidas (creencias evaluativas), como las actitudes y las ideologías del grupo.

Los estrategias del control discursivo de la mente

Ahora que tenemos una comprensión elemental de algunas de las estructuras de la mente y de lo que implica controlarlas, la cuestión crucial es de qué manera pueden el discurso y sus estructuras ejercer tal control. Como vimos más arriba, en el análisis del control sobre el discurso, esa influencia discursiva puede tener que ver tanto con el contexto como con las *estructuras del texto y la conversación*.

El control de base *contextual* se deriva del hecho de que las personas no sólo comprenden y se representan el texto y la conversación, sino también toda la situación comunicativa. Las personas no sólo son persuadidas, influidas o manipuladas por las propiedades del discurso, sino también por aquellos hablantes o escritores a quienes se percibe como poderosos, autorizados o creíbles (Giles & Coupland, 1991). De igual manera, también los otros factores de la situación (tiempo, lugar, circunstancias, roles y deseos de los participantes) pueden involucrarse en el control comunicativo de nuestras mentes. El ACD estudia cómo influyen las características del contexto (como las propiedades de los usuarios lingüísticos de los grupos de poder) en el modo en que los miembros de los grupos dominados definen la situación comunicativa según 'modelos de contexto preferenciales' (Martin Rojo & van Dijk, 1997).

Más importante aún es que el ACD se centra en el modo en que las *estructuras del discurso* influyen sobre las representaciones mentales. De manera que, en el *nivel global* del discurso, los *tópicos* pueden influir sobre el modo en que las personas perciben cuál es la información más importante del texto o de la conversación, y de ese modo, cómo se corresponde con los niveles superiores de sus modelos mentales. Expresar esos tópicos en la *categoría esquemática* de un titular en un periódico puede ejercer incluso una influencia más poderosa sobre el modo en que se define un evento en términos de ese modelo mental 'preferido': por ejemplo, en

un periódico es común que un crimen realizado por (un miembro de las) minorías se topicalice y se presente como titular (Duin, et al., 1988; van Dijk, 1991). De igual manera, la argumentación puede ser persuasiva a causa de opiniones sociales 'ocultas' en sus premisas implícitas, y eso puede pasar desapercibido al presentarse como una obviedad para los receptores. Así, si en un debate parlamentario se presupone que todos los refugiados son 'ilegales', podrá ser que la inmigración sea restringida.

En el *nivel local*, para comprender el *significado* y la *coherencia* del discurso, puede ocurrir que las personas necesiten modelos que caractericen las creencias implícitas (presupuestas) en el discurso. Ésta es una característica típica de la manipulación: comunicar creencias implícitamente, es decir sin afirmarlas realmente y ofreciendo menos posibilidades de que puedan ser cuestionadas. De igual manera, los significados locales pueden ser empleados estratégicamente para influir en la formación de representaciones sociales por generalizaciones de modelos. Es por esto que en muchos discursos racistas los hablantes no sólo relatarán un evento específico (que en sí mismo puede tener escasas consecuencias sociales), sino que tenderán a agregar diferentes tipos de generalizaciones ('Esto es siempre así', o 'Son todos iguales') (van Dijk, 1984, 1987).

Las *estructuras léxicas* y las *estructuras sintácticas superficiales* (estilo), según el contexto, pueden variar incluso las opiniones de los hablantes (Giles & Coupland, 1991; Scherer & Giles, 1979), como lo demuestra el empleo político del conocido par léxico 'luchador por la libertad' vs. 'terrorista'. Muchos trabajos tradicionales de la lingüística crítica se han centrado en este empleo 'prejuiciado' de las palabras, que obviamente pretende influir en la representación de las opiniones de los receptores modelo. Lo mismo ocurre con el empleo de *figuras retóricas* como las metáforas, los símiles, las hipérboles o los eufemismos, que pueden enfatizar o desenfatizar las opiniones, por ejemplo en la estrategia general de la auto-presentación positiva y la presentación negativa del Otro, en muchos discursos nacionalistas o racistas (ver más abajo).

Los *actos de habla* se definen ampliamente por medio de modelos contextuales, pero el hecho de que una emisión se interprete, o no, como una amenaza o como un buen consejo puede influir de manera vital en el procesamiento de un texto (Colebrook & McHoul, 1996; Graesser, et al. 1996).

Las numerosas *dimensiones interactivas* del discurso, tales como el cambio o el secuenciamiento de los turnos de conversación, también se basan e influyen en la actualización de los modelos. El poder y la autoridad de los hablantes que implementan el control de los turnos pueden al mismo tiempo realzar la credibilidad percibida en los hablantes y, por lo tanto, influir en la construcción de los modelos como 'verdaderos'.

Complicaciones

Con estos pocos ejemplos, podemos ver de qué modo los diferentes tipos de estructura discursiva pueden influir en la formación y el cambio de modelos mentales y de representaciones sociales. Si los grupos dominantes, y especialmente sus elites, controlan ampliamente el discurso público y sus estructuras, también tendrán por eso un amplio control sobre la mente del público. No obstante, como se sugirió antes, ese control tiene límites. La complejidad de la comprensión, la formación y el cambio de las creencias, son tales que no siempre es posible predecir qué rasgos o características de un texto o conversación particulares tendrán determinados efectos sobre la mente de receptores específicos.

Con estos breves comentarios acerca de la relación entre estructuras discursivas y estructuras mentales se cierra el círculo teórico que relaciona discurso y sociedad, vía la cognición. Es decir, tenemos una imagen (todavía muy general) de cómo se involucra el discurso en el abuso de poder y en la producción y reproducción de la desigualdad social. El ACD se propone investigar estas relaciones con mayor precisión.

Debería destacarse, no obstante, que la imagen que hemos apenas bosquejado es muy esquemática y general. Las relaciones entre el poder social de los grupos y las instituciones, por una parte, y el discurso por otra, así como entre el discurso y la cognición, y entre la cognición y la sociedad, son muchísimo más complejas. Hay muchas contradicciones. No siempre es clara la imagen de que un grupo dominante (o una clase social, o una institución) oprime a otro, o controla todo el discurso público, o de que existan muchas formas de colusión, consenso, legitimación e incluso de 'producción conjunta' de formas de desigualdad. Los miembros de los grupos dominantes pueden volverse disidentes y colocarse al lado de los grupos dominados, y viceversa, los miembros de los grupos dominados pueden asumir y defender opiniones que son propias de las elites dominantes. Los discursos opositores pueden ser adoptados por los grupos dominantes, aunque sea estratégicamente, para neutralizarlos, o simplemente porque también el poder y las ideologías dominantes pueden cambiar, como ocurre, ejemplo bastante obvio, en el discurso y la ideología ecológicos. En otras palabras, las complejidades pueden ser más interesantes que la imagen global.

Investigación en análisis crítico del discurso

La teoría de la relación entre el discurso y la desigualdad social que hemos presentado nos permite examinar y evaluar la investigación contemporánea llevada a cabo en el marco del análisis crítico del discurso (para otras reseñas e introducciones, ver también Caldas-Coulthard & Coulthard, 1996; Fairclough, 1995; Fairclough & Wodak, 1997; van Dijk, 1993).

Debería destacarse, no obstante, que aunque hasta la fecha la mayor parte de

los estudios del discurso que se ocupan de algún aspecto del poder, la dominación y la desigualdad social no se ha realizado con la denominación de ACD, nos referiremos más abajo a algunos de estos estudios.

Desigualdad entre los géneros

Un vasto campo de investigación crítica sobre la lengua y el discurso que hasta este momento no ha sido realizado dentro de una perspectiva ACD, es el del género. En muchos sentidos, el trabajo de las feministas se ha vuelto paradigmático para el análisis del discurso, especialmente porque gran parte de este trabajo se ocupa explícitamente de la desigualdad social y la dominación (ver los libros editados por, entre otros, Cameron, 1990, 1992; Kotthoff & Wodak, 1997; Seidel, 1988; Thorne, Kramarae & Henley, 1983; Seidel, 1988; Wodak, 1997; para la discusión y comparación con un enfoque que destaca las diferencias culturales más que las diferencias de poder y desigualdad, ver Tannen, 1994a; también Tannen, 1994 para un análisis de las diferencias de género, en el que considera muchas de las propiedades del abuso de poder discursivo). Algunos aspectos tenidos en cuenta en estos trabajos son:

- { Diferencias de poder en la interacción conversacional cotidiana
- { Hostigamiento sexual verbal
- { Desigualdades de género en los textos y conversaciones burocráticos y profesionales
- { Limitaciones de control y acceso a diferentes formas del discurso en los medios de comunicación
- { Discriminación en la contratación de servicios en la producción del discurso de las organizaciones, tales como las industrias publicitarias y en los medios de comunicación
- { Representaciones sexistas y estereotipadas de las mujeres en el discurso machista dominante en general, y en los medios de conversación de masas en particular.

Nuevamente, a pesar de los significativos cambios que se han operado en el posicionamiento de las mujeres durante las últimas décadas, y a pesar de las diferentes formas de discurso disidente y de oposición, la mayoría de estas formas de dominación discursiva y de desigualdad de género persiste hoy en día, aunque a veces con manifestaciones más indirectas y sutiles. Como una forma de desafío ideológico, muchas variantes del discurso feminista son un testimonio de la sofisticación social y teórica de los textos y las conversaciones de oposición. Por cierto, el trabajo erudito de las feministas constituye la forma teóricamente más desarrollada del ACD, en el que se han examinado muchas formas de texto, conversación, interacción y comunicación porque actualizan y reproducen el abuso de poder machista y la resistencia femenina.

Etnocentrismo, antisemitismo, nacionalismo y racismo

Menos perceptible que el trabajo feminista, pero también enraizado estrechamente con los movimientos de protesta de los años '60, ha surgido lentamente en el ACD el estudio del papel del discurso en la actualización y en la reproducción de la desigualdad étnica y 'racial'. Tradicionalmente, estos trabajos se centraron en las representaciones etnocéntricas y racistas de los medios de conversación de masas, la literatura y el cine (Unesco, 1977; Wilson & Gutierrez, 1985; Hartmann & Husby, 1974; van Dijk, 1991). Estas representaciones dan continuidad a las antiguas imágenes dominantes del Otro en los discursos de los viajeros, exploradores, comerciantes, soldados, filósofos e historiadores europeos, entre otras formas del discurso elitista (Barker, 1978; Lauren, 1988). Fluctuando entre el énfasis en la diferencia exótica y la derogación suprema que acentúa la inferioridad intelectual, moral y biológica de los Otros, estos discursos también influyeron en la opinión pública y en las representaciones sociales. Es la continuidad de esta tradición sociocultural de imágenes negativas de los Otros la que explica también parcialmente la persistencia de los modelos de representación dominantes en el discurso contemporáneo en los medios y el cine (Shohat & Stam, 1994).

El cambio y la variación de estos modelos están condicionados por restricciones esencialmente socio-económicas y socio-culturales. De este modo, las imágenes dominantes de los africanos y los afro-americanos fueron adaptaciones de las imágenes socio-económicas de la esclavitud, la segregación, la resistencia y la acción afirmativa, respectivamente, por ejemplo, como haragán, ostentoso, rebelde, violento, criminal y, actualmente, vinculado a las drogas y viviendo de la asistencia pública. Más abajo examinaremos críticamente un libro muy influyente en nuestros días, en el que se despliegan representaciones de los afro-americanos.

Las restricciones socio-culturales, como los estudios sobre el cambio de valores en las relaciones étnicas, han modificado y, ocasionalmente, han mitigado las imágenes más notorias de una generación atrás, pero difícilmente las han cambiado de manera fundamental. Estudios similares se han llevado a cabo sobre las representaciones discursivas de los nativos americanos, y de los latinos, chinos, japoneses y otros inmigrantes de los EE.UU., y en general de los Otros, muchas veces en función de momentos de coacción socio-política, tales como la guerra y el terrorismo (por ejemplo, de los japoneses y árabes respectivamente). Lo mismo ocurre con los discursos contemporáneos acerca de los 'trabajadores visitantes' del Mediterráneo y sus familias y descendientes; sobre los habitantes de antiguas colonias y otros inmigrantes en Europa; sobre los negros y especialmente los indígenas en Latinoamérica; sobre los asiáticos y los aborígenes en Australia y Nueva Zelandia; y sobre los africanos en Sudamérica.

Más tarde, los estudios del discurso han ido más allá del tradicional análisis de contenidos de las 'imágenes' de los Otros, e indagaron profundamente las propiedades lingüísticas, semióticas y discursivas del texto y la conversación de las minorías, los

inmigrantes y de otros pueblos. Además de los medios de comunicación de masas, la publicidad, el cine y los libros de texto, que fueron (y todavía lo son) los géneros estudiados más comúnmente, estos trabajos nuevos también se concentran en el discurso político, el discurso escolarizado, las conversaciones cotidianas, las representaciones de conversación, y una multitud de otros géneros.

De este modo hemos examinado, en un vasto programa de investigación llevado a cabo en la Universidad de Amsterdam desde principios de 1980, de qué manera se representan en la conversación los surinameses, los turcos y los marroquíes, y en general las relaciones étnicas en la conversación, en los relatos cotidianos, en las informaciones periodísticas, los libros de texto, los debates parlamentarios, el discurso corporativo y los textos escolares (van Dijk, 1984, 1987, 1991, 1993). Además de los tópicos estereotipados sobre la diferencia, la desviación y la amenaza, también se han estudiado las estructuras de los relatos, las características de la conversación (como las dudas y las reparaciones al mencionar a los Otros), los movimientos semánticos como las contradicciones o las retractaciones ('No tenemos nada contra los negros, pero...', etc.), la descripción léxica de los Otros, y una multitud de características discursivas del Otro. El objetivo de estos proyectos fue mostrar de qué modo el discurso expresa y reproduce representaciones sociales de los Otros que subyacen en el contexto social y político. Ter Wal (1997) aplica este marco teórico en un estudio muy minucioso sobre las maneras en que la política y el discurso italiano en los medios de comunicación fueron cambiando gradualmente desde el compromiso anti-racista y una representación benigna de los 'extra-communitari' (no-europeos), hacia una imagen más estereotipada y negativa de los inmigrantes como crimen, desviación y amenaza.

Desde una perspectiva crítica relacionada con ésta, la investigación extensiva de Siegfried Jaeger y sus colegas en Alemania destacó similares estructuras discursivas en la conversación cotidiana, los medios de comunicación y el discurso político sobre los turcos y otros inmigrantes en Alemania (entre otras muchas publicaciones, ver Jaeger, 1988, 1992; Jaeger & Link, 1993).

En una serie de estudios que combinan detallados estudios sobre el discurso político y social con una explicación histórica de los contextos relevantes, Ruth Wodak y sus colegas examinaron el discurso antisemita pasado y presente en Austria a partir del trasfondo del asunto Waldheim (ver, por ejemplo, Wodak, 1991, 1996; Wodak, et al., 1990). En sus análisis examinaron muchos géneros, desde la 'conversación callejera' espontánea, hasta los reportajes periodísticos, los espectáculos de conversaciones televisivas y el discurso político. Se centraron en una gran cantidad de estrategias características del 'discurso-nosotros', incluyendo la justificación, el culpar a la víctima, la trivialización, la negación, las alusiones, la construcción de los Otros como enemigos, en actos de defensa contra las acusaciones de antisemitismo, combinando estereotipos más antiguos y evidentes con otros más sutiles y contemporáneos acerca de los judíos.

Otro trabajo dirigido y llevado a cabo por Ruth Wodak, dentro de su paradigma 'histórico-discursivo' crítico, se centró en la representación de los inmigrantes desde Rumania, y sobre nacionalismo (Matouschek, Wodak & Januschek, 1995; Wodak & Kirsch, 1995; Wodak et al., 1997). Como en los estudios sobre el Otro mencionados más arriba, esta investigación examinó diversos géneros (debates en los medios de comunicación, los discursos políticos, conversaciones cotidianas y entrevistas callejeras, entre otros). Una contribución de este trabajo es que resulta capaz de mostrar la influencia del discurso elitista sobre los prejuicios y la conversación de la población en gran escala, por ejemplo, a través de un análisis de las relaciones intertextuales y recontextualizaciones del discurso popular. Estos discursos sobre la identidad y la diferencia muestran estrategias globales (de construcción, destrucción, legitimación y transformación) que se manifiestan a sí mismas en las estructuras locales del texto y la conversación.

Dentro de un marco teórico diferente, el de la psicología del discurso, Wetherell & Potter (1992) reconstruyeron las representaciones prejuiciosas de Pakeha (blancos de Nueva Zelanda) sobre los maories. Se concentraron en las prácticas discursivas y repertorios interpretativos, y examinaron de qué modo la desigualdad y la explotación de las minorías aborígenes son legitimadas en la conversación cotidiana.

Acerca de la situación de la reciente inmigración de africanos a España se analizan algunas de las sutiles propiedades lingüísticas del discurso periodístico en los principales medios de comunicación, tales como la distribución de la agentividad y la responsabilidad para las acciones negativas. En una primera antología (Martin Rojo, et al., 1994) se señalaron la diversidad y complejidad de ambas minorías así como de la nueva inmigración en España, tales como los mecanismos de inclusión y exclusión de extranjeros de los medios de comunicación y los discursos escolarizados sobre la lengua de los gitanos. Martin Rojo & van Dijk (1997) examinaron el discurso del secretario del Interior español que ofrece una justificación de estilo militar para la expulsión de los 'inmigrantes ilegales' africanos, destacando las diferentes estrategias de legitimación pragmáticas, semánticas y socio-políticas en el discurso dominante de los poderosos.

Un interesante resultado que surge de la mayoría de estos estudios es la notable similitud entre los estereotipos, prejuicios y otras formas de derogación verbal, entre diferentes tipos de discurso, medios y fronteras nacionales. Esencialmente hallamos que los Otros son predominantemente representados como (a) diferencias socio-culturales, (b) estudios sobre desviación y valores dominantes, y (c) violencia y amenaza. De este modo, las diferencias culturales serán realizadas y exageradas y las similitudes ignoradas o mitigadas. Los Otros se considerarán como violando precisamente los valores que el grupo dominante encuentra importantes. Si el trabajo duro es un importante valor (o una necesidad económica), los Otros serán descritos como haraganes como es el caso de los negros (o, por otra parte, como que trabajan *demasiado*, y por lo tanto se convierten en una amenaza económica,

como es el caso de los estereotipos sobre los asiáticos en EE.UU.). Si la inteligencia se destaca particularmente como un valor, entonces los Otros se representarán como intelectualmente inferiores, como ocurre en la actualidad en los debates sobre alegatos de diferencias raciales de cociente intelectual o sobre cupos y acciones afirmativas en la educación superior (ver más abajo nuestro análisis). O pueden ser representados como *demasiado* astutos y, por lo tanto, como una amenaza económica y cultural, como es el caso en la representación de los judíos. Si nos representamos a nosotros mismos como modernos, entonces los Otros serán atrasados, y si nosotros poseemos el valor religioso de la tolerancia, los Otros serán fundamentalistas. En todas las situaciones, se considerará que los Otros están involucrados en crímenes relevantes, por ejemplo, el tráfico de drogas en la actualidad. Y como esto es básicamente así para los Otros hombres, las Otras mujeres pueden describirse de igual manera, como anormales en relación con 'nuestros' valores de lo que son las 'buenas mujeres', por ejemplo, como sexualmente promiscuas. Como se sugirió antes, esta polarización cognitiva y discursiva puede fluctuar entre destacar las diferencias, acentuando la desviación, y focalizar a los Otros como una amenaza a 'nuestros' más caros recursos materiales y simbólicos: el territorio, la nacionalidad, el barrio, el espacio, los ingresos, la vivienda, el trabajo, la lengua, la religión, el bienestar, etc. (ver también Whillock & Slayden, 1995).

Además de esta presentación negativa del Otro, el intra-grupo (blanco, europeo) es representado positivamente, en éstas y en otras dimensiones de comparación. En el discurso oficial de la mayoría de los Parlamentos occidentales, por ejemplo, es ya un lugar común la auto-glorificación nacional en los debates sobre inmigración y asuntos étnicos y 'raciales' (van Dijk, 1993).

Desde el abuso de poder de grupo al poder profesional e institucional

Los estudios críticos sobre el papel del discurso en la (re)producción de la desigualdad étnica y de género ejemplifican de manera característica la perspectiva del ACD sobre el abuso de poder por parte de grupos sociales específicos. Desafortunadamente, el estudio de la reproducción discursiva de las clases sociales ha sido bastante descuidado dentro de esta perspectiva (para un enfoque relacionado con esto, ver Willis, 1977).

Muchos estudios (ya sea embanderados en el ACD, o no) han examinado críticamente diferentes géneros de discurso institucional y profesional, por ejemplo, el texto y la conversación en los tribunales de justicia, el discurso político, el discurso burocrático, el discurso médico, el discurso educativo, el discurso escolarizado, el discurso corporativo y el discurso en los medios de comunicación, entre muchos otros (conjuntos de) géneros. En todos estos casos, el poder y la dominación se asocian con dominios sociales específicos (la política, los medios de comunicación, la ley, la educación, la ciencia, etc.), sus elites profesionales y sus instituciones, y las reglas y rutinas que configuran el trasfondo de la reproducción discursiva cotidiana del poder en esos dominios e instituciones. Las víctimas de ese

poder son, por lo general, el público o los ciudadanos, las 'masas', los clientes, los sujetos, la audiencia, los estudiantes y otros grupos que dependen de la institución y el poder de la organización. Resumamos brevemente algunos de estos estudios en estas vastas zonas de los estudios críticos del lenguaje, el discurso y la comunicación.

El discurso en los medios de comunicación

El innegable poder de los medios de comunicación ha inspirado estudios críticos en muchas disciplinas, no sólo en campo de la comunicación de masas. También la lingüística, la semiótica, la pragmática y los análisis del discurso han producido estudios críticos de los reportajes o los programas televisivos. Como hemos visto en el caso de los medios de comunicación con respecto a las representaciones de las mujeres y las minorías, el enfoque tradicional (a menudo de análisis de contenidos) en los estudios críticos de los medios de comunicación ha sido el análisis de las imágenes estereotipadas y prejuiciosas –sexistas o racistas– en los medios de comunicación, tanto en los textos como en las ilustraciones y las fotos. Los primeros estudios sobre el lenguaje de los medios de comunicación se centraron también en estructuras superficiales fácilmente observables, como el empleo prejuicioso o partidista de palabras en la descripción de Nosotros y Ellos (y Nuestras/Sus acciones y características), especialmente desde perspectivas socio-políticas, por ejemplo en la representación de los comunistas. Gran Bretaña es el país con más medios de comunicación y con más interesantes estudios sobre ellos. Aunque la tradición es muy anterior, el tono crítico lo estableció una serie de estudios llamados "Bad News" ["Malas Noticias"] del Grupo de Medios de comunicación de la Universidad de Glasgow (1976, 1980, 1982, 1985, 1993). Aunque, quizás, no estrictamente encuadrados en el 'análisis del discurso', estos estudios se centraron especialmente en los informes televisados de las huelgas y luchas industriales, y más tarde también en la Guerra de las Falkland-Malvinas, en la cobertura de los medios de comunicación sobre el SIDA y diversos temas internacionales. A través del sistemático análisis de tales eventos, que también prestaron atención a las fotos en el cine, pudieron evaluar críticamente los a veces sutiles prejuicios de los medios de comunicación oficiales a favor de los empleadores y el nacionalismo en el caso de la guerra de las Malvinas, por ejemplo comparando a quién se entrevista, cómo, en qué ubicación o con qué ángulos de cámara.

Quizás, mejor conocida fuera de los estudios del discurso es la investigación sobre los medios de comunicación encarada por Stuart Hall y sus colegas dentro del paradigma de los Estudios Culturales (ver, por ejemplo, Hall, et al. 1980; para una introducción al trabajo crítico de los Estudios Culturales, ver Agger, 1992). Estos estudios se basaron originalmente en una combinación del trabajo del neo-marxismo europeo (Gramsci, Althusser, Pecheux) con los enfoques socio-culturales británicos (Richard Hoggart, E.P. Thompson, Raymond Williams) y el análisis del

cine (la pantalla). Combinaron el análisis textual con los análisis de imágenes dentro de un amplio enfoque cultural de los medios de comunicación. El análisis crítico del discurso de los medios de comunicación se considera aquí, desde una perspectiva muy amplia de la cultura, como la "dialéctica entre el ser social y la conciencia social" (Hall), entrelazada con todas las prácticas sociales, y el modo en que las personas experimentan su condición social. Entre muchas otras dimensiones, las prácticas sociales, y especialmente las 'prácticas significantes', son examinadas por el modo en que ellas reproducen la cultura y la ideología (para otra 'crítica del lector de los medios de comunicación' en Gran Bretaña, ver Collins, et al., 1986; para los primeros enfoques críticos al análisis de las imágenes de los medios de comunicación, ver Davis & Walton, 1983; y para un enfoque ACD de los estudios sobre los medios de comunicación, relacionado con el enfoque crítico de los estudios culturales, ver Fairclough, 1995).

Uno de los primeros trabajos realizados dentro del nuevo paradigma crítico de la lingüística y los estudios del discurso fueron los de Roger Fowler y sus colegas (Fowler, Hodge, Kress & Trew, 1979), también centrados en los medios de comunicación. Como ha ocurrido con muchos otros trabajos ingleses y australianos, dentro de este paradigma se emplea el marco teórico ofrecido por la gramática sistémico-funcional de Halliday para el estudio de la 'transitividad' de las oraciones. Desde esta perspectiva, los eventos y las acciones pueden describirse mediante la variación sintáctica que es una función de la intervención de los actores (por ejemplo, su agentividad, su responsabilidad y su perspectiva). De este modo, en el análisis de los medios de comunicación, por ejemplo, cuando se informa sobre los 'disturbios' ocurridos durante un festival de alguna minoría, la responsabilidad de las autoridades y, especialmente de la policía en tales actos de violencia, puede ser sistemáticamente mitigada y desfocalizada, por ejemplo, mediante construcciones pasivas y nominalizaciones, es decir, borrando la agencia y la responsabilidad implícitas. Por otra parte, como ocurre con la representación de los Otros en general, y de las minorías en particular, puede destacarse su papel negativo como anormales y violentos representándolos como agentes responsables en posición tópica y de sujeto. Muchos estudios posteriores de estos patrones sintácticos de las representaciones del extra-grupo han llegado a conclusiones similares (Fowler, 1991; Hodge & Kress, 1993; van Dijk, 1991). Fowler, en sus últimos estudios críticos sobre los medios de comunicación, continúa con esta tradición, pero al mismo tiempo paga tributo a la influencia del paradigma de los Estudios Culturales británicos que define a las noticias no como un reflejo de la realidad, sino como un producto configurado por fuerzas políticas, económicas y culturales (Fowler, 1991). Más que en otros trabajos críticos sobre los medios de comunicación, él también presta atención a los 'recursos' o 'herramientas' lingüísticas de ese estudio crítico, como el análisis de la transitividad en la sintaxis, la estructura léxica, la modalidad y los actos de habla. De modo similar, van Dijk (1988c) aplica la teoría del discurso

periodístico (van Dijk, 1988b) a los estudios críticos de noticias internacionales, el racismo en la prensa y la cobertura de precaristas [squatters] en Amsterdam.

En otra parte, los estudios críticos de los medios de comunicación se han centrado menos en las estructuras discursivas. En los EE.UU., por ejemplo, Chomsky y Herman, en su 'modelo de la propaganda', extensamente criticado en los medios de comunicación estadounidenses por su confabulación con la política exterior oficial de los EE.UU., y al que ocasionalmente se menciona por el empleo de palabras persuasivas y prejuiciosas (tales como los eufemismos por las atrocidades cometidas por los EE.UU. y 'estados clientes'); no proponen un análisis del discurso maduro de los medios de comunicación (ver, por ejemplo, Herman & Chomsky, 1988; Herman, 1992; y el estudio de Martin Rojo de la cobertura de la Guerra del Golfo, Martin Rojo, 1995).

Muchos otros estudios críticos de los medios de comunicación se inspiran escasamente en la lingüística, la semiótica o el análisis del discurso. Los análisis en su mayor parte no van más allá de las 'lecturas' (perceptivas, pero esencialmente impresionistas) de las noticias (Manoff & Schudson, 1987), o las anécdotas prácticamente relevantes pero no suficientemente teorizadas acerca de los casos de prejuicios bien conocidos (Lee & Solomon, 1990). Emprendidos desde el punto de vista, y por lo tanto, con los métodos (por lo general el análisis cuantitativo de contenidos) de las ciencias sociales, hay una notable carencia de análisis precisos sobre los mismos relatos periodísticos de la realidad, cualquiera sea la relevancia de dichos trabajos (ver por ejemplo, el estudio de la representación en los medios de comunicación del trabajo organizado realizado por Puette, 1992; o el rico estudio sobre las noticias de crímenes realizado por Graber, 1980).

Aunque en años recientes se ha incrementado la influencia del paradigma de los Estudios Culturales Británicos, también en EE.UU. (Hardt, 1992) se han producido algunos pocos estudios empíricos del discurso empleado por los medios de comunicación (ver, no obstante, el estudio de la cobertura de prensa acerca del movimiento pacifista, realizado por Hackett, 1991). Algunos estudios culturales críticos de las 'representaciones' han centrado el interés en la representación del género y la 'raza' en los medios de comunicación (Dines & Humez, 1995; ver también Van Zoonen, 1994). De igual manera, hay ahora un incremento de la literatura crítica sobre la cultura popular y los medios de comunicación, por ejemplo sobre las 'soap operas' [literal: 'operas de jabón'] (Ang, 1982; Liebes & Katz, 1990).

La semiótica se abrió camino pronto en los estudios sobre los medios de comunicación, y de este modo hizo ingresar a ellos algunas nociones estructuralistas básicas, y un componente necesario para realizar un estudio más amplio de las imágenes en los medios de comunicación, tanto en EE.UU. como en Gran Bretaña, aunque gran parte de estos trabajos son más descriptivos que explícitamente críticos (Bruhn Jensen, 1995; Hartley, 1982; Hodge & Kress, 1988; Kress & Van Leeuwen, 1990). Sin embargo, en la actualidad se observa una creciente tendencia a integrar

estos estudios semióticos con el análisis crítico del discurso. Desde una perspectiva más amplia, es especialmente el original trabajo teórico de Van Leeuwen sobre la acción social, los actores y la legitimación (ver Van Leeuwen, 1993, 1995a, 1995b, 1996), entre muchos otros estudios, el que logró tender un puente entre la semiótica y el ACD.

En suma, junto con los estudios feministas, los trabajos sobre los medios de comunicación son los que hasta el momento han proporcionado los fundamentos más provechosos para los estudios críticos del discurso, pero hasta ahora sólo algunos pocos de estos estudios se han basado en una teoría sistemática de las estructuras de los géneros de los medios de comunicación. No obstante, cada día se entrecruzan más las fronteras entre los estudios sobre medios de comunicación, las ciencias del otro social, así como la lingüística, la semiótica y el análisis del discurso, y esto ha dado como resultado prestar una atención más minuciosa y explícita a las 'sutilezas' de los 'textos' en sí mismos. Desafortunadamente, muchos de los trabajos 'posmodernos' que demuestran la posibilidad de integrar estos enfoques del discurso más allá de los límites disciplinarios, parecen estar poco interesados en una perspectiva ACD (para un análisis crítico de estos enfoques posmodernos, ver Agger, 1990, 1991; Sokal & Bricmont, 1997).

Discurso político

Dado el rol que cumple el discurso político en la actualización, reproducción y legitimación del poder y la dominación, sería esperable que existan muchos estudios críticos del discurso de textos y conversaciones políticas. Hasta ahora la mayor parte de este trabajo ha sido desarrollada por lingüistas y analistas del discurso, porque la ciencia política se encuentra entre las pocas disciplinas sociales en las que el análisis del discurso ha permanecido virtualmente desconocido, aunque existen algunas influencias de los enfoques 'posmodernos' del discurso (Derian & Shapiro, 1989; Fox & Miller, 1995). Esto no significa que la ciencia política no conozca los estudios críticos del discurso político, sino que éstos se limitaron en general al estudio de palabras y conceptos aislados, y rara vez se hicieron estudios sistemáticos de textos políticos completos (ver entre otros, por ejemplo, Edelman, 1977, 1985; Hirschman, 1991; Shapiro, 1984; Connolly, 1983). También, en los estudios sobre la comunicación, hay muchos sobre la comunicación y la retórica política que se superponen con un enfoque analítico del discurso (Nimmo & Syers, 1981).

Un paso más cerca del análisis del discurso, está el enfoque actual de los 'marcos' (una noción que se toma de la ciencia cognitiva) en el análisis de los textos y las conversaciones políticas (Gamare, 1992). Estos marcos son estructuras conceptuales o conjuntos de creencias que organizan el pensamiento político, las políticas y el discurso, y son como la contracara temática de la noción de (super)estructura esquemática introducida más arriba, es decir, categorías estan-

darizadas en la percepción y el análisis de una cuestión. Por ejemplo, los movimientos sociales pueden analizarse como un marco de 'acción colectiva', que a su vez consiste de componentes como la injusticia (¿qué está mal?), la agentividad (¿qué hacemos para remediarlo?) y la identidad (¿quiénes son 'nosotros' como opuestos a 'ellos'?).

El discurso político ha sido estudiado en la lingüística, en la pragmática y en los estudios por fuera de las corrientes teóricas principales. El trabajo propio y el editado por Chilton ha señalado el camino a otros en este campo. Chilton editó una antología de artículos en relación con lenguaje del debate sobre las armas nucleares, el lanzamiento de políticos y el discurso militar (y su eufemística 'nukespeak') contra el discurso del movimiento por la paz (Chilton, 1985). Esta significativa antología concluye con un artículo sobre 'lingüística crítica' en el que se esquematiza el paradigma al que pertenecen estos estudios (Steiner, 1985). En su contribución, Steiner propone una teoría lingüística crítica interdisciplinaria y 'retórica', basada en un análisis sistemático de la acción en contexto. Aquí, como en su trabajo posterior (Chilton, 1988), Chilton muestra la continuidad entre la invención del Newspeak de Orwell en su novela 1984, y el análisis crítico del nukespeak contemporáneo de los políticos y los militares. Sus propias contribuciones centran la atención especialmente en la función que cumple la metáfora en el discurso político, como la metáfora de la 'casa' referida a Europa en el discurso de la pos-guerra fría (Chilton, 1996; ver también el trabajo de Schaeffner sobre política lingüística y metáfora, e.g., Schaeffner & Porsch, 1993; y el estudio de la metáfora en la política exterior de Chilton & Lakoff, 1995). Éste y otros trabajos críticos sobre el discurso de la guerra y el conflicto político se encuentran también en Schaeffner & Wenden (1995).

Geis (1987) presenta un estudio lingüístico sobre la interconexión entre política y medios de comunicación, y especialmente sobre el modo en que los medios de comunicación de EE.UU. cubren los temas políticos. Influida por el anterior trabajo ya mencionado de Murray Edelman (por ejemplo en la noción de 'temas políticos míticos' como 'el enemigo conspirativo'), una de sus tesis teóricas es que el lenguaje político 'normal' puede tener un impacto indirecto en el pensamiento político de las personas que puede ser más poderoso que la expresión fuerte de opiniones. También en los reportajes políticos demuestra que el prejuicio es un fenómeno muy complejo, y que por definición toda noticia política tiene algo de prejuicio, por ejemplo, un prejuicio pro-norteamericano de centro. Geis también sostiene que el léxico del periódico cotidiano en inglés difícilmente posee verdaderas 'palabras libres de valoración'. Aplica estas y otras ideas en un estudio sobre la retórica mítica de los presidentes norteamericanos Kennedy, Johnson y Reagan (cuya designación de la Unión Soviética como el 'Imperio del Mal' ha llegado a ser ampliamente conocida). Otras interesantes contribuciones de este libro son sus estudios acerca de cómo se informa el discurso político (incluso el empleo de

fuentes anónimas, de citas cuestionables y los errores en la identificación de rumores), así como el papel del contexto en la información. En un estudio sobre el prejuicio político en las revistas de noticias, también muestra cómo los verbos que denotan discurso pueden implicar afecto positivo (como 'explicar') o negativo (como 'jactarse'), baja volubilidad (como 'informar') y alta volubilidad (como 'explotar o estallar'). Geis es también uno de los pocos que han estudiado el discurso de las conferencias de prensa presidenciales. En síntesis, para el análisis de las importantes relaciones entre la política y la prensa, este estudio es bastante valioso, aunque en parte se limita a fenómenos lingüísticos obvios, como el empleo de palabras, y rara vez se ocupa de las estructuras subyacentes más complejas y abstractas de la política y el discurso en los medios de comunicación.

Dentro de un marco teórico pragmático que se encuentra teóricamente más cercano al análisis del discurso, Wilson (1990) estudia una cantidad de fenómenos típicos en el discurso político, como el empleo de la metáfora; preguntas, respuestas y evasivas; implicaciones y presuposiciones; implicaturas y especialmente el empleo de pronombres como 'Yo' y 'Nosotros' y su grupo de referencia implícita, la inclusión, la exclusión y las lealtades.

Aunque los estudios del discurso político en inglés son internacionalmente mejor conocidos por la hegemonía del inglés, se han realizado muchos trabajos (a veces más tempranos, y a veces más sistemáticos y explícitos) en alemán, español y francés. Estos trabajos son también demasiado extensos como para siquiera comenzar a reseñarlos aquí, fuera de nombrar unos pocos estudios influyentes.

De modo que Alemania tiene una larga tradición de análisis del discurso político, tanto en Occidente (por ejemplo, el trabajo de Zimmermann, 1969, sobre los políticos de Bonn), como en la ex Alemania del Este (por ejemplo, la teoría semiótico-materialista de Klaus, 1971) (ver también la introducción de Bachem, 1979). Esta tradición en Alemania atestigua un estudio del lenguaje de la guerra y la paz realizado por Pasierbsky (1983) y de los actos de habla en el discurso político, de Holly (1990). También existe una poderosa tradición de estudios sobre el lenguaje y el discurso fascista (por ejemplo, el léxico, la propaganda, los medios de comunicación y la política lingüística (Ehlich, 1989)).

Un análisis del discurso más amplio y explícito, y claramente ubicado dentro de un marco teórico ACD, es el trabajo sobre el discurso político en Austria realizado por Ruth Wodak y sus colegas, incluso el trabajo mencionado más arriba sobre el antisemitismo, y los trabajos más recientes sobre el nacionalismo en el discurso (ver, por ejemplo, Wodak, 1989, 1994, 1996; Wodak, et al., 1985, 1997; Wodak & Menz, 1990). Wodak y sus colegas integran una amplia variedad de disciplinas y nociones analíticas en su enfoque 'histórico-discursivo', que incluye la psicología (social y cognitiva), la sociolingüística y la historia. Al criticar la teoría de actos de habla, por ejemplo, destacan la necesidad de analizar todo el contexto histórico y social en la producción del discurso y sus estructuras y estrategias. Este enfoque

multidisciplinario ha sido aplicado en muchos proyectos desarrollados por Wodak y su grupo de Viena, como por ejemplo la comunicación en las organizaciones; las barreras lingüísticas en las cortes de justicia, las escuelas y los hospitales; el sexismo; la lengua; el antisemitismo, el racismo y el nacionalismo, y especialmente la construcción del prejuicio y de las 'imágenes del enemigo'.

En Francia, el estudio del lenguaje político también tiene una respetable tradición en lingüística y en análisis del discurso, porque la barreras entre la teoría lingüística (en gran medida estructuralista) y el análisis de textos nunca fueron tan remarcadas como, por ejemplo, en la gramática transformacional. Los estudios del discurso a menudo se basan en corpus y existe una poderosa tendencia al análisis formal, cuantitativo y automático (de contenido) de esos grandes conjuntos de datos, muchas veces combinado con un análisis crítico ideológico (Pecheux, 1969, 1982; Guespin, 1976). El énfasis en el análisis automático implica, por lo general, un interés en el análisis léxico (fácilmente cuantificable), tal como lo propone un gran instituto comprometido con el análisis del discurso político (el Laboratorio de Lexicología Política), en Saint Cloud, y su revista (Mots, 'Palabras').

Los estudios críticos del discurso político en España y también en América Latina han sido muy productivos. Es famoso el temprano estudio semiótico crítico (anticolonialista) sobre el Pato Donald, realizado por Dorfman & Mattelart (1972) en Chile. Lavandera, et al. (1986, 1987) en Argentina proponen un influyente enfoque sociolingüístico del discurso político, por ejemplo, la tipología del discurso autoritario de Beatriz Lavandera. Los trabajos de este grupo han sido continuados y organizados dentro de un marco teórico más explícitamente encuadrado en el ACD, especialmente por Pardo (ver, por ejemplo, su trabajo sobre el discurso jurídico, Pardo, 1996). En México, Sierra (1992) ha llevado a cabo un minucioso análisis etnográfico del discurso de la autoridad local. Entre los numerosos estudios críticos en América Latina, deberíamos mencionar el vasto trabajo realizado por Teresa Carbo sobre el discurso parlamentario en México, centrado especialmente en el modo en que los delegados hablan acerca de los nativos americanos (Carbo, 1995), con un estudio en inglés sobre las interrupciones en estos debates (Carbo, 1992).

Otros géneros

Hay, por cierto, otros géneros del discurso que han sido estudiados desde un punto de vista crítico, aunque no podremos reseñar toda esa investigación. Así, aunque la *conversación médica* ha sido estudiada extensivamente dentro del marco teórico del análisis de la conversación, el cual hasta no hace mucho tiempo mostraba escaso interés por los enfoques críticos, se han examinado críticamente las bien conocidas relaciones de poder entre médicos y pacientes (Davis, 1988; Fisher, 1995; Fisher & Todd, 1986; Mishler, 1984; West, 1984; Wodak, 1996).

De igual modo, la *conversación en los tribunales de justicia* está imbuida por relaciones de poder legitimadas, y en algunos países, como en EE.UU., de poder

sobre la vida y la muerte, también se han realizado trabajos de análisis crítico (y de otro tipo) del discurso de estas conversaciones (ver por ejemplo, Danet, 1984). La misma noción que distingue entre el estilo 'poderoso' [powerful] y el estilo 'no autorizado o sin poder' ['powerless'] fue introducida por primera vez en los estudios sobre la interacción en los tribunales de justicia (ver, por ejemplo, O'Barr, et al. 1978; Bradac, Hemphill & Tardy, 1981; para una discusión, ver también Ng & Bradac, 1993). En sus estudios críticos sobre la lengua y el discurso en diversas instituciones, también Robin Lakoff (Lakoff, 1990) y Ruth Wodak (por ejemplo, Wodak, 1984a) han analizado las relaciones de poder en los juicios (para el análisis del discurso jurídico, ver también Pardo, 1996). En una serie de estudios, Roger Shuy prestó amplia atención crítica a los testimonios y las evidencias en los juicios (Shuy, 1992). Una nueva revista (*Forensic Linguistics*) se ha especializado en esta área, y regularmente publica estudios críticos sobre el discurso jurídico. Estrechamente relacionados con éstos se encuentran los trabajos acerca del discurso burocrático (Burton & Carlen, 1979; Radtke, 1981).

Otra área apta para el estudio crítico del discurso y la conversación es la de la *educación y la ciencia*, donde las nociones de poder, ideología y reproducción han sido, desde hace mucho tiempo, objeto de investigación social (Aronowitz, 1988; Apple, 1979; Bourdieu, 1984, 1989; Bernstein, 1975, 1990; Bourdieu, Passeron & Saint-Martin, 1994; Giroux, 1981; Willis, 1977). Muchos de estos estudios críticos ya prestaban atención al lenguaje y al discurso, aunque los análisis sistemáticos del discurso son todavía raros (sin embargo, ver, por ejemplo, Atkinson, Davies, & Delamont, 1995; Coulthard, 1994; Duszak, 1997; Fisher & Todd, 1986; Mercer, 1995; Wodak, 1996).

Una importante dimensión crítica de los discursos educativo y científico es el estudio de la representación de las mujeres, las minorías, los inmigrantes y, en general, los 'otros pueblos' en los libros de texto y en el discurso académico (Bergandall & Remlinger, 1996; Ferree y Hall, 1996; Jaworski, 1983; Leimdorfer, 1992; Osler, 1994; Said, 1979; Smith, 1991; van Dijk, 1987, 1993).

Por último, aunque la comunicación en los negocios y las empresas ha recibido recientemente una amplia atención (crítica y de otro tipo) (Mumby, 1988), son todavía raros los análisis minuciosos de los *textos y conversaciones empresariales* (sin embargo, ver, por ejemplo, Boden, 1994; Drew & Heritage, 1992; Ehlich, 1995; Mumby, 1993), menos aún abundan los trabajos de este tipo de discurso desde una perspectiva ACD (ver Mumby & Clair, 1997).

Discurso y poder

La mayoría de los estudios reseñados brevemente más arriba trata por lo menos con una de las dimensiones de la relación entre discurso y poder. Algunos lo hacen incluso explícitamente, y analizan minuciosamente los modos en que el texto y la conversación expresan, actualizan y reproducen el poder y la dominación en las áreas del género, la 'raza', los medios de comunicación, la política y otros dominios

sociales. Sin embargo, en el todo hay todavía una brecha entre los estudios del texto y la conversación, con una orientación más lingüística, y otros basados en los diferentes enfoques de las ciencias sociales. Los primeros a menudo ignoran los conceptos y las teorías sobre el abuso de poder y desigualdad que provienen de la sociología y la ciencia política, mientras que los segundos pocas veces se involucran en un análisis del discurso minucioso. La integración de diferentes enfoques es, por tanto, muy importante para arribar a una forma satisfactoria de un ACD multidisciplinario.

También existen estudios, además de los más especializados en ACD a los que ya hicimos referencia, y antologías que se ocupan del discurso y el poder en términos más generales. De modo que las contribuciones de la influyente antología de Kramarae, Schulz & O'Barr (1984), estudian la conexión lenguaje-poder como estratificación social, las ideologías de sexo y de clase social en la educación, las relaciones médico-paciente en los encuentros médicos, la interacción en los juicios y en la familia, el papel del lenguaje de los negros en los EE.UU., y una cantidad de cuestiones sociolingüísticas, como la planificación lingüística y la alfabetización.

Aunque este y otros trabajos tempranos en ACD todavía emplean ampliamente el término 'lenguaje' como base de sus estudios sobre el poder (ver por ejemplo Fowler, et al, 1979), la noción de lenguaje es ahora reemplazada por la de 'discurso' como la unidad de uso lingüístico en la que se actualiza el poder. Así, en los EE.UU., la antología editada por Kedar (1987) ya no se centra en las relaciones generales entre lenguaje, poder y política, sino en la conversación real. En su capítulo introductorio, Deborah Tannen advierte que el poder no es algo que alguien tiene y otros no. Sostiene, en cambio, que en el discurso las personas tienen diferentes tipos de poder y los ejercen de diferentes modos, que pueden cambiar dinámicamente en respuesta a la conducta de los Otros. Luego de estos y otros capítulos generales, las diferentes contribuciones centran su interés en escenarios legales, en la política y en la familia.

Dentro del contexto británico, Norman Fairclough ha contribuido con muchos artículos y libros que establecen el ACD como una línea de investigación, y que se centran en las diferentes dimensiones del poder (ver, por ejemplo, Fairclough, 1989, 1992, 1995a, 1995b). Como la mayoría de los lingüistas británicos que trabajan desde una perspectiva crítica y social, su orientación lingüística es la de la gramática sistémico-funcional de Halliday. Destaca que el lenguaje es al mismo tiempo un componente de lo social y socialmente conformado. De este modo, el uso lingüístico constituye las identidades sociales, relaciones y sistemas de conocimientos y creencias. Siguiendo (pero también criticando) a Foucault, Fairclough no limita el análisis del discurso al estudio de los textos, específicamente a los eventos comunicativos o a las prácticas discursivas, sino que también se centra en los 'órdenes del discurso' más amplios, es decir, el conjunto de varios (tipos de) discursos tal como son los definidos por una institución o por un dominio (como la educación, la política o los medios de comunicación).

Este enfoque permite también una mejor comprensión de otra noción estudiada

por Fairclough, la de la intertextualidad. En el mismo el poder se ubica en la tercera dimensión de los eventos discursivos, es decir, en la 'práctica social', que debe definirse como las propiedades del contexto local y global. Empleando el enfoque de Gramsci del poder y la hegemonía, examina las prácticas discursivas especialmente como una lucha social por la hegemonía sobre el orden del discurso. Estos diferentes niveles o dimensiones de análisis también definen diferentes tipos de análisis del discurso, a saber, la descripción, la interpretación y la explicación. Los textos son descritos pero deben ser interpretados en relación con los procesos de producción y de interpretación que definen las prácticas discursivas; en cambio, la explicación (por ejemplo, como poder o como hegemonía) debe ofrecerse como práctica social-cultural en situaciones locales y globales.

Como se sugirió más arriba, las relaciones entre poder y discurso no son estudiadas solamente por los enfoques ACD de orientación más lingüística. También en el área de la comunicación y la psicología social, el poder y la dominación son nociones que han recibido una amplia atención. De este modo, Ng & Bradac (1993) resumen gran parte de los trabajos sobre el poder en el lenguaje, definido como el modo en que la comunicación verbal influye a otras personas. Estos estudios corresponden a la segunda dimensión del discurso y el poder que introdujimos más arriba, es decir, la influencia de las estructuras discursivas sobre la cognición, por ejemplo, en la persuasión y sus posibles consecuencias: cómo la gente realiza cosas con el empleo del lenguaje. Por ejemplo puede mostrar su poder mediante el empleo (o evitando emplear) ciertas características estilísticas y, así, despliega un estilo 'poderoso', por ejemplo, evitando las evasivas [hedges] o, en inglés, las 'tag questions'. Pero también, para exhibir poder, puede emplearse la diversidad léxica, la velocidad o intensidad discursiva, como ocurre con el control del cambio de turnos o de tópicos, o el uso de la mitigación.

Evaluación

Considerado en un sentido amplio, el ACD ha producido una gran cantidad de trabajos. Muchos de los estudios sociales y políticos sobre el lenguaje, el uso lingüístico o el discurso, también tratan cuestiones de poder y desigualdad. Este es explícitamente el caso de la mayoría de los trabajos feministas sobre el lenguaje y el discurso, así como de los estudios sobre racismo y antisemitismo. Los estudios sobre géneros o dominios sociales del discurso completos (como el discurso en los medios de comunicación) son descriptivos y más críticos según los géneros que se estudien. Muchos trabajos sobre el discurso en los medios de comunicación, la política y la educación tienden a ser críticos; en cambio, esto no es tan así en el caso de, por ejemplo, la conversación médica o la comunicación empresarial.

Precisamente porque el paradigma crítico se centra en estas relaciones entre lenguaje, discurso y poder, las dimensiones social y política virtualmente han recibido una atención exclusiva. La interconexión cognitiva entre las estructuras

discursivas y las estructuras del contexto social local y global rara vez es explicitada, y por lo general sólo aparece como nociones del conocimiento y la ideología (van Dijk, 1998). De modo que, a pesar de la gran cantidad de estudios empíricos sobre el discurso y el poder, los detalles de una *teoría pluridisciplinaria* del ACD que debiera relacionar el discurso y la acción con la cognición y la sociedad todavía permanecen en la agenda.

Un ejemplo: discurso y racismo

Una de las áreas en las que el discurso juega un papel fundamental en la (re)producción de la desigualdad es la de la 'raza' y las relaciones étnicas. Muchos de los estudios sobre estos temas fueron reseñados más arriba. En nuestro propio trabajo empírico sobre el discurso y el racismo, también hemos desarrollado una teoría más general de las relaciones entre discurso y racismo, pero su consideración minuciosa está más allá de los objetivos de este artículo (para mayores precisiones, ver: van Dijk, 1984, 1987, 1991, 1993). El centro de interés más importante de este trabajo es que el racismo (incluso el antisemitismo, la xenofobia y otras formas de resentimiento contra Otros definidos por sus características 'raciales' o 'étnicas') es un complejo sistema de desigualdad social y política que también se reproduce en el discurso.

El sistema del racismo consiste en dos dimensiones principales: una dimensión cognitiva y una dimensión social. La dimensión cognitiva consiste en representaciones sociales prejuiciosas compartidas por los grupos o las personas dominantes (blanco, europeo, aunque a veces, también otros), basadas en las ideologías de la superioridad y la diferencia. La dimensión social se define localmente como '*racismo cotidiano*' (Essed, 1991), es decir, por las muchas formas de exclusión, marginación y problematización discriminatorias contra las minorías étnicas o los 'extranjeros' que se expresan en las numerosas y desiguales interacciones cotidianas. Asimismo, en el (macro)nivel global del racismo, encontramos la organización de la desigualdad étnica en su conjunto, por ejemplo a través de los sistemas del Apartheid y la Segregación de un tiempo atrás, y mediante las actuales políticas de inmigración, la cobertura prejuiciosa de los medios de comunicación, de la educación y los libros de textos monoculturales y estereotipados, etc. (ver, por ejemplo, Dovidio & Gaertner, 1986; Katz & Taylor, 1988; Miles, 1989; Solomos & Wrench, 1993; Wellman, 1993).

El discurso como texto y conversación concretos opera en el nivel social local de la interacción, por ejemplo, por medio de la desvalorización del Otro y el discurso negativo acerca de, o dirigido contra, los Otros, y más globalmente, como un 'orden de discurso dominante' de la mayoría (blanca) y sus instituciones. Al mismo tiempo, el discurso relaciona las estructuras cognitivas y sociales del racismo: la expresión y la formulación persuasiva del prejuicio étnico en diversos contextos sociales. Es decir, gran parte del racismo es 'aprendido' mediante textos y conversaciones, según los lineamientos teóricos para el discurso, la cognición y la sociedad en general explicados anteriormente en este artículo.

En lugar de elaborar más profundamente los complejos detalles de estas relaciones teóricas, analizaremos de manera crítica, algunos fragmentos del libro como un prototipo del discurso elitista conservador actual sobre la 'raza', a saber, *The End of Racism (El fin del racismo)*, de Dinesh D'Souza (1995). Se ha elegido este texto porque encarna muchas de las ideologías dominantes en los EE.UU., especialmente, sobre los derechos, y porque está específicamente dirigido al grupo minoritario de los afro-americanos en EE.UU.

El argumento global del libro es tan simple como pernicioso: los afro-americanos tienen una cultura deficiente, de la que sólo ellos son responsables, y no una historia de esclavitud y el habitual racismo blanco. Esta cultura se considera como el fundamento de muchas de las 'patologías' de la clase baja negra, y es mantenida por la clase media negra y la industria de las relaciones raciales para cosechar beneficios y ventajas fáciles, por ejemplo, a través de la acción afirmativa.

Como uno de los documentos principales de la Nueva Derecha [New Right] estadounidense, este libro tiene una considerable influencia en los actuales debates sobre acción afirmativa, bienestar, multiculturalismo e inmigración. Por cierto, es debido a libros como éste que en todos estos temas la actual legislación del Congreso, dominada tanto por los republicanos como por el presidente demócrata Bill Clinton, propone políticas restrictivas de los derechos de los grupos minoritarios y de los inmigrantes.

Los enemigos de D'Souza no son sólo los negros de clase baja y su cultura. Este argumento está dirigido en realidad contra sus opositores ideológicos, es decir, aquellos a los que él llama 'Boasianos', partidarios de las ideas del antropólogo Franz Boas. Desde la perspectiva de D'Souza, los Boasianos son responsables de la perniciosa ideología del relativismo cultural, de acuerdo con la cual todas las culturas son igualmente válidas y, por lo tanto, las otras culturas no pueden ser criticadas por sus deficiencias. Además, aunque a menudo orientado a sí mismo, D'Souza se centra especialmente en su ira contra el 'anti-racismo' de los relativistas culturales. De modo que, como veremos, y como sugiere el título del libro, al negar el racismo como factor importante en la sociedad estadounidense, D'Souza intenta, en última instancia, negar su propio racismo y el de muchos de los miembros del grupo "culturalmente conservador" con el que se identifica.

Como el argumento del libro se orienta específicamente a las "patologías" de los negros americanos, y las explica como específicas de la cultura afro-americana que también es inherente y propagada por los negros de la clase media, D'Souza se opone violentamente a la afirmación de que todas las culturas son iguales. Por cierto, a lo largo de todo el libro celebra desvergonzadamente la cultura y la hegemonía del Occidente (europeo). De este modo, si los afro-americanos están muy mal o son deficientes en muchos campos intelectuales y económicos, no es a causa del racismo, que D'Souza niega enfáticamente o simplemente ignora (de ahí el título del libro), sino a causa de su propia cultura.

Obviamente, el minucioso análisis de las 700 páginas del libro requeriría miles de páginas, de manera que nos limitaremos a unas escasas observaciones analíticas de algunos fragmentos. El argumento más desarrollado de D'Souza se mueve desde una minuciosa consideración de la historia del racismo a temas más actuales, como el debate sobre la naturaleza genética de las diferencias de cociente intelectual (CI) entre negros y blancos (tal como se propone en la "Curva Bell"), desde la esclavitud a la actual situación de los negros americanos, y desde la antigua exploración del mundo de los europeos a la actual dominación. Una característica problemática de este libro es la selección y la interpretación partidista de la evidencia 'científica' (característica típica del racismo elitista). No obstante, tales argumentos son demasiado largos y complejos para ser analizados críticamente aquí. De manera que sólo enfocaremos algunas otras propiedades de su discurso.

Analizaremos brevemente algunas de las características discursivas de este libro de la siguiente manera: dado que pretende ser un libro erudito, su estructura general es argumentativa. Presenta una cantidad de tesis principales (por ejemplo, acerca de las patologías de la cultura afro-americana), y trata de sostenerlas con extensos argumentos, ejemplos y antecedentes históricos. Nos centraremos, por lo tanto, en estas estrategias argumentativas y destacaremos aquellas que son bastante típicas (aunque no exclusivas) de los textos y conversaciones racistas. Al mismo tiempo, haremos algunas observaciones sobre las propiedades más locales de ese discurso, tal como su estilo léxico y sus mecanismos retóricos. Destacaremos estos mecanismos mencionándolos en negrita. Todas las palabras empleadas por D'Souza son citadas en el texto en curso mediante el empleo de comillas dobles.

Como se señaló antes en relación con todas las formas de discurso etnocéntrico y racista, también este libro construye sistemáticamente una severa oposición entre Nuestras características positivas y las características negativas de Ellos. 'Nosotros' en este caso representa al Occidente (europeo), con el que D'Souza se asocia a sí mismo (aunque él mismo es un Indio americano). 'Ellos' son antes que nada, históricamente, los pueblos 'primitivos' del mundo, y en el contexto presente de los EE.UU., especialmente los afro-americanos. Así, el racismo es definido históricamente por D'Souza como una ideología "racional y eventualmente científica para explicar las grandes diferencias en el desarrollo de la civilización que no podrían ser explicadas por el medio ambiente" (p. 22). Es decir, aun el concepto de racismo valorado negativamente se explica como racionalidad y ciencia positiva, valoradas como las marcas de la civilización occidental. Examinemos, con mayor detalle, qué argumentos y estructuras discursivas se emplean para implementar esta estrategia general de auto-presentación positiva y de presentación negativa del Otro. Examinamos estas estrategias porque son las que influyen en la formación de modelos mentales prejuiciosos y de representaciones sociales etnocéntricas de los receptores, que son manipulados persuasivamente de manera que, si no poseen puntos de vista alternativos, tienden a aceptar como verdaderas las tesis de D'Souza.

Restringir la definición de racismo

Una alternativa muy conocida para que uno pueda ignorar las acusaciones de racismo es simplemente definirlo de una manera tal que no sea aplicable a uno mismo. Así, D'Souza define el racismo de este modo:

- (1) *A partir de estas definiciones surgen las características principales del racismo. Para ser un racista, primero usted debe creer en la existencia de razas o grupos que se pueden distinguir biológicamente. Segundo, usted debe ordenar estas razas en un orden de superioridad e inferioridad. Tercero, usted debe sostener que este ordenamiento es intrínseco o innato. Por último, por lo general usted trata de emplear este ordenamiento como base para discriminar, segregar o negar la ampliación de derechos a otros seres humanos. La perspectiva dominante, compartida virtualmente por cualquiera que escriba sobre este tópico, es que el racismo (como el sexismo o la homofobia) es un producto de una antipatía irracional. Esta noción de racismo es un tipo de patología o la demencia es el núcleo crucial y virtualmente no cuestionado de la imagen psicológica moderna del racista. (28)*

El problema con esta definición es que hoy en día se aplica virtualmente sólo a los racistas explícitos de la Extrema Derecha. La mayoría de las principales formas del racismo 'moderno', antes que nada, no tienen un fundamento biológico, sino que tienen una inspiración cultural, como es el caso del mismo D'Souza: los otros grupos son menospreciados a causa de su cultura 'subdesarrollada', y se los excluye y margina no por su 'inferioridad' sino por sus 'deficiencias'. Adviértase, no obstante, que cuando llega el momento de la evaluación cultural, D'Souza no duda en culpar a sus opositores intelectuales de evitar los juicios de inferioridad o superioridad:

- (2) *dado que a los estudiosos contemporáneos no les gusta pensar en culturas superiores o inferiores, avanzadas o retrasadas, los temas del primitivismo y el progreso, el desarrollo y subdesarrollo, frecuentemente generan malestar e incluso indignación. (55)*

Esto parece implicar que D'Souza se categoriza a sí mismo, a pesar de todo, como un supremacista cultural, como veremos en detalle más abajo, cuando glorifica la cultura Occidental.

Adviértase cómo en la segunda oración del fragmento (1) encontramos un ejemplo del modo en que D'Souza lee y aplica selectivamente la literatura sobre el racismo, y así manipula a sus lectores no-expertos: La mayoría de las teorías contemporáneas sobre el racismo ya no asocia el racismo con las 'antipatías irracionales', sino con una forma mucho más racional de dominación basada en el interés, y en la que los

Otros son excluidos de la competencia por los escasos recursos. En otras palabras, la restricción y la aplicación prejuiciosa de una definición son la estrategia más típica que emplean las elites intelectuales para negar su racismo: de acuerdo con el modo de definirlo, simplemente no se aplica a ellos y a su propio grupo. Esta estrategia discursiva no es más que un ejemplo de toda una serie de estrategias que pretenden mitigar o negar las posibles características negativas del propio.

La generalización y la naturalización de los defectos

Otra estrategia de la misma serie consiste en generalizar y naturalizar los propios defectos para volverlos inofensivos. De este modo, aunque el racismo (y la esclavitud) se asocia por lo general con los occidentales o con los europeos, no sólo no se explicará, como acabamos de ver, como una respuesta "racional y científica" a los pueblos primitivos. También se generalizará como algo que está y estuvo ampliamente difundido entre otros pueblos (por ejemplo, los árabes, los chinos y los japoneses). Es decir, el racismo rara vez se presenta como un serio defecto de los europeos, porque preocuparse por lo 'propio' es una característica etnocéntrica 'muy propia de todos los seres humanos'. De igual manera, la esclavitud no fue precisamente practicada por los occidentales, y el etnocentrismo se considera hasta 'natural':

46 {texturas 1-1

- (3) *¿Fue la esclavitud una institución racista? No. La esclavitud fue practicada por miles de años virtualmente en todas las sociedades. (22)*
- (4) *Los griegos fueron etnocéntricos, demostraron una clara preferencia por lo propio. Ellos deben haber considerado que este tribalismo era natural, y por cierto, ahora sabemos que es universal. En algunas situaciones es inevitable un tribalismo instintivo, como ocurre cuando nuestra propia sociedad está bajo ataque exterior y es necesario aunarse para defenderla. (533)*
- (5) *El tribalismo y el etnocentrismo no son otra cosa que una intensa preferencia por el propio grupo sobre los extraños. (...) Mientras el racismo se arraiga necesariamente en la biología, el etnocentrismo se arraiga típicamente en la cultura. (35)*

De este modo, la generalización se convierte en una explicación, si no en una excusa que justifica el propio pasado, mientras que el etnocentrismo es legitimado como una respuesta "natural" de todos los grupos. Esta es una de las estrategias más comunes de la legitimación ideológica: el abuso de poder no es una característica negativa que favorece a los grupos dominantes, sino una característica pre-programada genéticamente. Y dado que es biológicamente inevitable, difícilmente

podemos hacer algo para cambiarla. De este modo, tanto la generalización como la naturalización pueden ser subsumidas bajo la etiqueta de “universalismo”, como ocurre en el ejemplo (3).

La negación del racismo

A la luz de sus propias y frecuentes generalizaciones, para D'Souza es importante negar que esas generalizaciones puedan constituir formas de prejuicio o de estereotipos:

- (6) *Dicho de este modo, no es claro que las generalizaciones grupales constituyan prejuicios o estereotipos. (275)*

Por cierto, la *negación del racismo* (una expresión claramente evitada en este caso, y sustituida por los eufemismos más comunes de “prejuicio” y “estereotipos”) es una de las características más consistentes del racismo elitista (van Dijk, 1992). Que es crucial en el discurso elitista puede explicarse por el hecho de que la autoimagen predominante de las elites es precisamente la de que ellos son de mente amplia, racionales, tolerantes, en tanto que los prejuicios son atribuidos típicamente a los menos educados y a los fanáticos e intolerantes.

Ya vimos cómo D'Souza niega el racismo blanco al no definirlo y atribuirlo a los supremacistas blancos. Otro modo de hacer esto consiste en *invocar ignorancia* acerca del racismo, una táctica bien conocida:

- (7) *Es imposible responder a la pregunta acerca de cuánto racismo existe en los EE.UU. porque nadie sabe cómo medir el racismo y no existe ninguna unidad para calibrar tales mediciones. (276)*

De este modo, aunque todo el libro pretende basarse en argumentos racionales, eruditos, que apoyan su tesis principal, es decir, que no hay racismo en EE.UU., esta pretensión, formulada en *jerga académica*, parece desafiar su propia tesis. Por cierto, si nadie es capaz de medir el racismo, ¿cómo puede sostener que ya no existe?

D'Souza va un paso más adelante en su mitigación y negación del racismo occidental o el racismo blanco y la esclavitud. Por medio de una sorpresiva *inversión* que realza las características positivas de la civilización europea, sostiene que precisamente el mayor logro de Occidente es la abolición de la esclavitud:

- (8) *La abolición constituye uno de los mayores logros morales de la civilización occidental. (112)*

Auto-glorificación

Además de negar, mitigar o dejar sin explicar las deficiencias propias, en este último ejemplo vemos que la forma estándar que asume la auto-presentación positiva es la auto-glorificación llana y explícita. De este modo, a lo largo de su libro, D'Souza difícilmente oculta su admiración por los logros de la cultura Occidental (europea):

- (9) *La actual tecnología occidental se ha difundido por todo el mundo, homogeneizando y generando muchas áreas de bienestar y de moderna tecnología y una conciencia cosmopolita acerca de cómo viven otros pueblos. (48)*
- (10) *Cualesquiera sean los defectos y los motivos entremezclados que los asistan, los europeos que emigraron al extranjero fueron los instrumentos históricos de una gran transformación del mundo. (49)*
- (11) *Lo que distinguió al colonialismo occidental no fue ni la ocupación ni la brutalidad, sino una filosofía compensatoria de los derechos que es única en la historia de la humanidad. (354)*

48 {texturas 1-1

Asimismo, el colonialismo se legitima como curiosidad científica, y el racismo como explicación de un "primitivismo conspicuo y ampliamente generalizado" (48). Adviértase en el ejemplo (10) una forma muy común de negar o mitigar las características negativas del propio grupo, como es la *retractación (disclaimer)*: Aun quienes han transformado el mundo no eran, por supuesto, perfectos. También vemos que las afirmaciones explícitas y manifiestas de supremacía, como las que realiza en el ejemplo (11), primero requieren una *negación* de la opinión establecida acerca de las consecuencias del colonialismo Occidental.

Sólo hay un paso desde una afirmación del orgullo nacional o cultural y la auto-glorificación a los sentimientos de superioridad, la desvalorización y por último la marginación y la exclusión de los Otros. D'Souza no duda en dar este último paso, y así se define a sí mismo como culturalmente superior:

- (12) *El multiculturalismo rechaza, por principio, la posibilidad de que una cultura pueda ser en muchos sentidos superior a otra. (...) Al tratar de evitar un reconocimiento de la superioridad de la cultura occidental, el relativismo termina por negar la posibilidad de la verdad. (384)*

En su sostenido ataque contra el relativismo y el multiculturalismo contemporáneo, el empleo del término "reconocimiento" simplemente *presupone* la superioridad de la cultura occidental (y como vimos, no sólo la superioridad cultural), y que sus propias opiniones (de su grupo) son la verdad. Sus prejuicios de grupo son tan

extremistas a todo lo largo del libro, que de manera consistente sólo menciona los aspectos que él considera positivos de la cultura occidental, al tiempo que niega, ofusca o simplemente *ignora* sus aspectos negativos, como acabamos de ver. En este sentido, el libro dice más por lo que deja de decir que por lo que realmente dice. En tanto el colonialismo es valorado como una empresa científica y económicamente exitosa, la esclavitud es mitigada, y el estilo genocida occidental –desde el de los nativos americanos al Holocausto y a Bosnia–, simplemente no se menciona. Y entre sus ‘avances’ tecnológicos, la bomba atómica y las armas ligeras no se encuentran obviamente a la cabeza de su lista.

Menospreciar o desvalorizar a los Otros

Obviamente, es necesario construir una imagen tan rosa de la cultura Occidental ‘blanca’, para contrastarla con la deficiente cultura negra, tal como continuamente podemos observar a lo largo del libro. Aquí tenemos una de las (muy repetidas) evaluaciones sobre los afro-americanos y su cultura:

- (13) *La últimas décadas han atestiguado nada menos que un quiebre de la civilización dentro de la comunidad afro-americana. Un quiebre caracterizado por tasas extremadamente altas de actividad criminal, por la normalización de la ilegitimidad, el predominio de las familias uni-parentales, por los altos niveles de adicción al alcohol y las drogas, por una confianza parasitaria en el abastecimiento gubernamental, por una hostilidad contra los logros académicos, y por la escasez de empresas independientes. (477)*

49 {van Dijk

Adviértase que esta verdadera lista de “patologías” se basa en la aplicación de los valores típicos de los conservadores, estadounidenses, blancos, varones y, por lo tanto, es una lista culturalmente relativa, como precisamente le gustaría negar a D’Souza. Mientras el crimen puede ser condenado universalmente por la mayoría de las culturas (aunque las definiciones de ‘crimen’ y de ‘anormal’ también son culturalmente específicas), otras “patologías” tales como la ‘ilegitimidad’ y las ‘familias uni-parentales’ o la “confianza parasitaria en el abastecimiento del gobierno” son más bien trinchera de los valores conservadores que pueden no ser aceptables en otros países y culturas. Por cierto, en los países escandinavos altamente desarrollados, cerca del 50% de todas las familias es uni-parental.

Aparte de enumerar “las deficiencias”, esos fragmentos son también pesadamente retóricos por su estilo y por sus mecanismos específicos. Así como es necesario realzar la representación positiva de Nosotros, y de mitigar nuestra imagen negativa, la imagen negativa de Ellos debe ser exagerada. La estrategia retórica normal es entonces la de la *hipérbole*. Lo que algunos podrían describir como ‘problemas’, es caracterizado por D’Souza como un “quiebre de la civi-

lización". Y el crimen no es solamente crimen sino que se exagera en un *repertorio formal* como "tasas extremadamente altas de actividad criminal", como ocurre también con el consumo de drogas.

Para el racista cultural la anormalidad es altamente amenazante. El siguiente pasaje es revelador en este sentido. D'Souza combina la desvalorización de los negros con la degradación sexista de las mujeres:

- (14) *Quizás una de las más serias patologías de los afro-americanos —no menos sería que la violencia— es la rutinización de la ilegitimidad como forma de vida. La bastardización de los negros americanos es confirmada por el hecho de que cerca del 70% de los niños negros nacidos hoy en E.E.UU. son ilegítimos, comparado con el 22% de los niños blancos. Más del 50% de los grupos familiares son encabezados por mujeres. Cerca del 95% de las madres negras son solteras, comparado con el 55% de sus pares blancas. (515)*

Así, la *hipérbole* ("más serio") se amontona sobre una *metáfora hiperbólica* ("patologías") para condenar lo que él denomina "ilegitimidad" y lo que en otros países y culturas es la forma de vida más común. Aun aquí, aunque las madres solteras pueden considerarse como víctimas, no sólo son *culpadas*, sino incluso acusadas por la "bastardización de la (Norte)América negra". La misma lexicalización y definición de la situación social de las mujeres negras pobres las asocia, como está implícito en el prejuicio racista contra los negros, con la violencia, el quiebre de la ley, si no con la promiscuidad sexual y otras amenazas a la sana (Norte)América. El *juego de los números* de las estadísticas comparativas aporta la apariencia de objetividad a estas opiniones conservadoras. En el mismo sentido *metafórico*, las comparaciones tomadas del campo de las amenazas de enfermedades se emplean para concluir, al final del libro, con una crítica moral a los afro-americanos y con una crítica ideológica a los relativistas:

- (15) *El relativismo se ha convertido en una especie de virus, que ataca los sistemas inmunológicos de la legitimidad institucional y la decencia pública. (532)*

Assumiendo metafóricamente el papel de sistema protector inmunológico de Norte América, D'Souza se siente legitimado para atacar de modo igualmente metafórico al "virus" del relativismo. Los otros ideológicos son considerados como una seria amenaza a Nuestros valores (i.e., conservadores) y, por lo tanto, deben ser destruidos. Combinados con frecuentes referencias a la violencia, la amenaza y el peligro, asociados a lo largo de todo el libro a los negros, estos argumentos metafóricos enmarcan la oposición entre Nosotros y Ellos como el ataque legítimo

contra aquellos que amenazan a nuestra sociedad y sus valores, e incluso a nuestra civilización. De nuevo, el conflicto étnico se redefine de manera *metafórica* e *hiperbólica* como una “guerra cultural” (p. 535). Por esta razón, tampoco puede sorprender que al final del libro se proponga un retorno al sistema de los “derechos naturales”, es decir, el “derecho” de la civilización a defenderse a sí misma contra la “barbarie” (p. 533).

El mote peyorativo racista más clásico en relación con los negros era el de ser ‘haraganes’. D’Souza es lo suficientemente sofisticado como para no emplear desambiguadamente este mote en la descripción de los afro-americanos. No obstante, adopta un recurso más indirecto, el *estilo léxico académico* para decir lo mismo, y legitimarlo mediante una explicación histórica:

- (16) *La esclavitud como sistema puede ser legítimamente culpada por la cultura de la auto-derrota y por las actitudes y conductas irresponsables de los negros (norte)americanos. (97)*
- (17) *(...) una serie de medidas para evitar, posponer y reducir al mínimo el trabajo. (97)*

De este modo, aunque D’Souza se niega a reconocer que el racismo actual y la posición de la clase baja negra se arraigan históricamente en la esclavitud, *emplea* la esclavitud para ‘explicar’ el carácter ‘haragán’ de los negros. Así, vemos en el ejemplo (17) una formulación *eufemística* de haraganería.

El segundo prejuicio racista sobre los negros es que son particularmente propensos al crimen. La retórica argumentativa para esto consiste en el empleo del bien conocido *juego de los números* de la estadística descriptiva:

- (18) *Aun descontando la posibilidad de cierto prejuicio racial en los arrestos de criminales, parece claro que las personas negras tienen un promedio de probabilidades entre tres y seis veces mayor de ser arrestadas por un crimen que el promedio de las personas. (260)*

Adviértase la *negativa* inicial que admite, pero luego *mitiga*, la posibilidad de (“cierto”) “prejuicio racial” (no ‘racismo’) en los arrestos policiales. Por supuesto, aunque los números que proporciona fueran correctos, D’Souza ni siquiera trata de explicarlos como una clase de extrema discrepancia en la distribución de la riqueza –o de considerar que la pobreza, la falta de trabajo y (el apenas concedido) racismo, sean posibles explicaciones del crimen.

Por el contrario, como rechaza (luego de muchas dudas) la explicación biológica de la criminalidad de los negros, adopta la explicación de la “patología” cultural, que por supuesto puede achacarse más fácilmente a los Otros que la predisposición

biológica. Y al emplear el término “promedio” no ubica al crimen en los vecindarios pobres, sino que lo atribuye a los afro-americanos en general, una forma de *generalización* típica del discurso racista.

En tercer lugar, los afro-americanos serán menospreciados por su apariencia y su comportamiento:

- (19) (...) *la dura mirada de muchos ojos afrocéntricos... virtualmente un modelo ritual de conducta cerrada: todos se visten iguales y cuando el líder se ríe, todos se ríen... (381)*

En este ejemplo el objetivo no son los chicos pobres, criminales de los ghettos, como los ve D'Souza, sino los intelectuales, los profesores, a quienes difícilmente se aplican las “patologías” señaladas y, por lo tanto, la explicación cultural. Aquí y en otras partes, pese a sus explícitas afirmaciones en contrario, es todo el grupo de los afro-(norte)americanos el que es menospreciado, especialmente sus líderes y sus intelectuales que son los principales opositores ideológicos de D'Souza. El estilo académico del libro produce en este caso una retórica de la *repetición*, la *hipérbole*, la *burla* o el *escarnio*, y *metáforas* de dureza (“la dura mirada”) y de comportamiento militar irreflexivo (“conducta cerrada”), como se ve en el fragmento (16).

De este modo, aunque a la clase media negra se le niega toda industriiosidad económica, aquellos negros que *sí son* exitosos, como es el caso de los profesores famosos, necesitan ser tratados de otra manera para mantener la consistencia de su ataque, como ocurre en el siguiente fragmento acerca de un famoso profesor afro (norte)americano, Cornell West:

- (20) *[sus] soluciones son una quijotesca combinación de marxismo lavado, de feminismo radical y de defensa de los derechos de los homosexuales, ninguno de los cuales ofrece ninguna esperanza realista para mejorar las patologías de los negros. (520)*

Como se sugirió, los intelectuales negros (y blancos), y en general los relativistas y los multiculturalistas, son los enemigos ideológicos de D'Souza. Mientras los negros pobres son menospreciados desdeñosamente, los intelectuales que no pueden ser persuadidos por los argumentos racistas son atacados mediante la *burla* (“quijotesco”), y se los *asocia* con todo lo que a los ojos de los conservadores se considera perverso y envilecido (el marxismo, el feminismo, los derechos de los homosexuales). Este fragmento es interesante porque muestra cómo las actitudes racistas subyacentes pueden estar relacionadas con otras actitudes orientadas por una (meta)ideología conservadora, a saber, el anti-comunismo, el anti-feminismo y la anti-homosexualidad.

Sus competidores intelectuales son ridiculizados, y los jóvenes negros de clase baja serán menospreciados por formas aún más explícitas de racismo verbal:

- (21) *(¿Empleos?). Sin embargo parece fantástico, al borde del surrealismo, imaginar a los negros de clase baja, con sus cadenas de oro, su andar renqueante, su lenguaje obsceno y su arsenal de armas, realizando trabajos de 9 a 5 en el Procter and Gamble o en el Departamento de Estado. Muchos de estos jóvenes parecen carecer de las más básicas habilidades requeridas para un empleo estable: puntualidad, confiabilidad, iniciativa y disposición a realizar tareas rutinarias, aceptación de la autoridad. Además, los estudios realizados muestran que aun cuando existen empleos disponibles, muchos jóvenes negros los rechazan, aparentemente porque esos empleos no pagan suficiente o porque el crimen es más ventajoso y lucrativo. (504-5)*
- (22) *Y aún más, la cultura negra también tiene un fondo vicioso, derrotista y repelente que no se puede ignorar ni nombrar con eufemismos. Como cada vez más parecen advertir los mismos negros, no logran ningún bien al engalanarse con estas patologías, en una jerga sociológica complementada con el vocabulario familiar de la desventaja y aferrándose en responsabilizar a la sociedad. La sociedad debe hacer su parte, y los negros deben hacer la suya. Pero primero es necesario reconocer la magnitud de la crisis de la civilización que enfrenta la comunidad negra. Esta crisis apunta a las deficiencias, no biológicas, sino culturales; pero son deficiencias y deberían corregirse. (486)*

53 { van Dijk

Nuevamente, en (21), encontramos las estrategias comunes de *crear estereotipos*, la *hiper-generalización* y la *hipérbole*: todos los jóvenes negros de clase baja son iguales, y son como su prototipo, tal como lo construye D'Souza. De este modo obtenemos un ejemplo textual del esquema mental del grupo que D'Souza recrea acerca de aquellos a los que odia, presentando caracterizaciones negativas de su apariencia, su conducta y su carácter –medidos según los valores que D'Souza estima–. Y la referencia hiperbólica al “surrealismo” también muestra el esencialismo del racismo de D'Souza: los jóvenes negros pobres son simplemente inimaginables en empleos ‘normales’. La referencia casual a los “estudios” proporciona, por último, la legitimidad académica de tales afirmaciones, a conocida *falacia argumentativa* (de autoridad). El estilo hiperbólico continúa en el fragmento (22), en uno de esos mensajes explícitos en los que los negros pobres se representan como “viciosos”, “derrotistas,” y “repelentes”. Tal como lo presenta aquí, éstos son hechos *presupuestos*, que deben ser reconocidos con franqueza. En esta línea argumentativa, entonces, los negros de clase baja se consideran también como

continuadores de la tradición de los “negros malos” de la esclavitud, también presentados como una “amenaza para los afro-(norte)americanos y para la sociedad en su conjunto” (p. 524). Así, la desvalorización de los negros no consiste sólo en destacar diferencias culturales o anormales, sino también en advertir sobre una *amenaza* y, por lo tanto, en legitimar diversas formas de ‘defensa’ intra-grupal contra ese peligro.

Cuando la realidad choca contra los principios ideológicos, es necesario alterar la realidad. Así, hemos visto cómo la realidad del racismo es negada o mitigada. Y más efectiva aún es la conocida estrategia de la *inversión* en muchos discursos racistas: no somos *nosotros* los racistas, *ellos* lo son, *ellos* son los *verdaderos* racistas:

- (23) *La persecución racial proporciona una licencia a la intolerancia y el fanatismo, que se disfrazan como campaña por la igualdad y la justicia social. No sorprende, entonces, que el racismo blanco parezca menos ostensible y menos amenazante para las oportunidades de vida de otros grupos, mientras que el racismo negro es explícitamente más amenazador. (421)*

De este modo, se inventa el ‘racismo negro’ para tener otra razón que desvaloricé a los afro-(norte)americanos; al centrarse en pequeños grupos radicalizados (como el de la Nación del Islam de Farrakhan), D’Souza *redefine la situación* de las relaciones raciales en los EE.UU. Adviértase que ésta no es sólo una forma de *inversión* simple, sino que también implica un *contraste* enfatizado *hiperbólicamente* (entre blancos y negros), cuando D’Souza introduce uno de los prejuicios racistas acerca de los negros: la violencia y la amenaza, al tiempo que *niega* las consecuencias directas que tiene el racismo blanco sobre la posición de la comunidad afro(norte)americana.

No es sorprendente que D’Souza emplee esta estrategia de negación del racismo cuando ataca a aquellos que experimentan y observan el racismo en los EE.UU.:

- (24) *A veces el racismo es auténtico, y es suficientemente malo tener que resistir el auténtico racismo para tener que sufrir también el racismo imaginario. El racismo se ha convertido en un verdadero narcótico para muchos negros de clase media. Para la sociedad, las promiscuas acusaciones de racismo son peligrosas porque socavan la credibilidad de la acusación y dificultan la identificación de los auténticos racistas. Para los negros, el riesgo de las acusaciones de racismo exageradas y falsas es que desvían la atención acerca de las posibilidades del presente y el futuro. Las acusaciones excesivas de racismo entablan una batalla con un adversario que a veces no existe (...) Nuevamente, el racismo se convierte en culpable, ahora acusado de haber adoptado una forma más sutil e insidiosa. (487)*

- (25) *Para ellos, aparentemente, la militancia antirracista se lleva adelante hasta el punto de una virtual inestabilidad mental. Resulta difícil imaginar que los blancos se puedan sentir seguros trabajando con personas como éstas: seguramente las empresas tienen en cuenta estas ardientes insensibilidades étnicas cuando elogian la diversidad en los ambientes laborales. Y así, aunque estas personas sean raras (o excéntricas) se encuentran en empresas respetables. (492)*

Partiendo de la ya conocida *negación de una concesiva aparente* (del tipo “por supuesto, existe un poco de rascismo, pero...”), el ejemplo (24) propone negar el rascismo diciendo que (la mayoría de las veces) es ‘exagerado’ o incluso ‘imaginario’. En este argumento, el oponente es el negro de clase media, a quien se le atribuye un tipo de engaño o de falsa ilusión. Ésta es una de las muchas maneras de *culpar a la víctima*, aunque aquí el concepto de ‘peligro’ se asocia con los negros y, por lo tanto, justifica el ataque de D’Souza. En el ejemplo (25) D’Souza lleva su ira al extremo. De la acusación de imaginar cosas, ahora asocia la “militancia antirracista” de los negros de clase media con la “inestabilidad mental” y, de este modo, ofrece razones explícitas para excluir a esos negros como fuerza de trabajo. Desde la perspectiva de D’Souza, esta forma extrema de culpar (e incluso, quemar) a las víctimas probablemente es una forma de ‘discriminación racional’. Adviértase la serie de metáforas y de hipérbolos que se acumula en este ataque: se degrada a los opositores asociándolos con la violencia militar, o con la enfermedad mental.

55 {van Dijk

Vemos que virtualmente toda la comunidad de los afro-(norte)americanos, la clase baja y la clase media, los intelectuales y los pobres, las mujeres y los hombres, son sistemáticamente humillados, ridiculizados, menospreciados, desvalorizados y atacados por D’Souza. En una defensa del parangón de la civilización de los blancos, concluye de manera *explícita* y escasamente *metafórica*:

- (26) *Para muchos blancos la criminal e irresponsable clase baja negra representa un renacimiento de la barbarie en el medio de la civilización occidental. (527)*

Ocultándose tras los Otros del intragrupo con el que él mismo se asocia (una estrategia de *transferencia* muy común), D’Souza formula su propia opinión acerca de los negros de clase baja, pero a menudo olvida la limitación de clase y habla simplemente de “patologías” de la cultura negra en general. La estrategia global de auto-presentación positiva y de presentación negativa del Otro, mediante el *énfasis hiperbólico*, la *lexicalización negativa* (“barbarie”) del *contraste* entre Nosotros y Ellos, excluye a los Otros de la comunidad de los humanos civilizados, como también lo hicieron los griegos con los bárbaros. Los negros no son los únicos que son degradados de esta manera en el libro de D’Souza. Al final, en el marco de una discusión acerca de la inmigración, también los musulmanes son

retratados de manera estereotipada como intolerantes e involucrados en un *jihad [guerra santa]* (p. 548). Para el supremacista cultural, una (Norte)América multicultural es impensable: todos los inmigrantes (es decir, en primer lugar, aquellos a los que se les permite entrar) deben ser asimilados culturalmente dentro de la cultura dominante, blanca, occidental (p. 549).

Atribución de intereses egoístas

Las deficiencias pueden ser involuntarias, y por ende, menos culposas. Por lo tanto es crucial, especialmente desde la perspectiva del racismo cultural, asegurar que las patologías de los Otros son por lo menos en parte voluntarias o intencionales. De este modo, un movimiento familiar, no sólo en los EE.UU., consiste en acusar a los Otros (o a sus representantes) de tener un “interés personal” en la perpetuación de esas patologías:

- (27) *Existe ahora una clase dirigente de los derechos civiles que tiene un interés personal en hacer acusaciones exageradas de racismo. (23)*
- (28) *Las instituciones de derechos civiles tienen sumo interés en que se mantengan las clases bajas, porque las escandalosas patologías de los negros pobres generan la simpatía del público que legitima los permanentes subsidios otorgados a los negros de clase media. (23)*
- (29) *Si el racismo desapareciera muchos de estos activistas y burócratas quedarían sin trabajo. (23)*

Además, si estos intereses personales se asocian con algo tan vil como el hacer dinero a expensas de los otros, los oponentes pueden ser acusados al mismo tiempo de depravación moral. Para lograrlo no es suficiente destacar los problemas sociales del ghetto mediante la continua repetición de la *metáfora* de la enfermedad (“patologías”) en su forma hiperbólica (“escandalosa”), sino que es necesario también construirlo como un *contraste*, un contraste entre la (acomodada) “clase media” y los “pobres”. Así, a lo largo del libro se describe detalladamente el lujo y la naturaleza ostentosa de los afro-(norte)americanos acomodados (algo que ocurre también en muchas de las representaciones que presentan los medios de comunicación sobre los líderes africanos), como puede verse en la siguiente descripción de Farrakhan:

- (30) *Louis Farrakhan supuestamente emplea las ganancias para subsidiar un estilo de vida fastuoso que incluye costosos trajes de seda y una amplia limousina. (426)*

Adviértase incidentalmente que aquellos que se presupone que subsidian a los negros (presumiblemente “los blancos-públicos”) son atribuidos, casualmente, con características positivas (“simpatía”) en el ejemplo (28) y, por lo tanto, destacan la polarización entre Nosotros y Ellos, y el contraste entre “nuestras” buenas cualidades y “sus” malas cualidades.

Adviértase también que los Otros deben ser descritos negativamente mediante el léxico. De este modo, los trabajadores por los derechos civiles serán desvalorizados, en primer lugar, porque representan una “clase dirigente”, y por lo tanto, se les atribuye alguna forma de poder. Esto es importante, porque por lo general no se considera que las minorías detentan algún tipo de poder, menos aún con tener fuerza institucional, como lo sugiere el empleo de la palabra “burócrata” en (29). Individualmente, como en el ejemplo (29), esas personas son invariablemente denominadas “activistas” a lo largo de todo el libro, incluso cuando se aplica a los profesores negros (o los blancos solidarios) que escriben libros sobre racismo. Por cierto, todos los opositores ideológicos de D’Souza son llamados “activistas”, lo que los asocia no precisamente con tener otras opiniones sino con realizar acciones (violentas) y con el “violento” movimiento por los derechos civiles de los años ’60. Vemos así cómo estas estrategias de devalorización están a menudo acompañadas por diversos medios retóricos y estilísticos para expresar y transmitir opiniones negativas sobre los Otros.

Legitimar el racismo

Una vez que se ha eliminado al propio intra-grupo de la definición de racismo limitándolo al racismo biológico y atribuyéndolo a los fanáticos extremistas, el siguiente paso consistirá en legitimar las propias marcas de racismo, es decir, el tipo de racismo que no debe llamarse ‘racismo’:

- (31) *Esta discriminación racional se identifica entonces con el racismo. Pero esa identificación está equivocada, porque la discriminación racional no se basa en la biología sino en la conducta de grupo. La discriminación racional no se asienta en supuestos de superioridad biológica. Su existencia nos obliga a revisar el paradigma liberal que sostiene que el racismo es la teoría y la discriminación, su práctica. (286)*

Sin duda, ésta es una de las tesis centrales del libro: la discriminación deberá ser correcta (right), si es racional, es decir, a favor de los mejores intereses de las personas. El problema con este argumento es que el racismo clásico, ya sea legitimado biológicamente o no, *siempre fue también* económico, y a favor de los mejores intereses de los blancos. Ya sea que sus fundamentos se expongan explícitamente como biológicos o que se disimulen como discriminación y

sentimientos de superioridad cultural y económica, esto no implica ningún cambio para sus víctimas. El racismo no se define por sus buenas o malas intenciones, sino por sus efectos en las relaciones étnicas. Adviértase además, la reiterada referencia a la racionalidad, que es una de más marcas de la imagen positiva de las elites occidentales.

En su discusión sobre el debate acerca del cociente intelectual (CI), planteado en el libro de Hernstein y Murray, *The Bell Curve*, D'Souza no duda en flirtear con la supremacía biológica de cierto discurso científico para legitimar el racismo:

- (32) *Si las diferencias de CI entre los diferentes grupos raciales son considerables y son hereditarias, entonces ya no será posible cerrar la Caja de Pandora y será necesario que nos formulemos algunas preguntas alarmantes: ¿fue la posición racista sureña básicamente correcta?, y ¿son justificadas algunas formas de segregación y discriminación? (465)*

Aquí, y en muchos otros fragmentos, D'Souza simplemente *presupone* que las diferencias de CI entre blancos y negros son irrefutables, y que si existen, esto no depende de factores socio-económicos, sino genéticos. Al centrar su desvalorización en los afro-(norte)americanos, aparentemente no sólo define a este grupo en términos culturales, sino también en términos 'raciales', de manera que su distinción entre racismo biológico y racismo basado en la discriminación cultural se desmorona. Cuando finalmente, y casi lamentándose, desmiente y rechaza los argumentos biológicos de la superioridad de los blancos a favor de la hegemonía cultural, sólo lo hace por una única razón fundamental: no se puede culpar a las víctimas por sus disposiciones biológicas, en cambio, sí se les pueden imputar sus "patologías" culturales. Además, según D'Souza estas 'patologías' no están arraigadas en el medio ambiente socio-económico, sino que son inherentes a la cultura y al carácter de los afro-(norte)americanos, incluso a la "estructura familiar y sus prácticas de socialización" (p. 474):

- (33) *Las patologías conspicuas de los negros son el producto del catastrófico cambio cultural que presenta una amenaza tanto para la comunidad Afro Americana como para la sociedad en general. (478)*

Casi no es necesario observar cómo la desvalorización de los Otros está siempre acompañada por *hipérbolos* ("catastrófico cambio cultural"), y cómo en la formulación de D'Souza se hacen evidentes sus prejuicios sobre los negros (su violencia y la amenaza que representan).

Conclusión

Nuestro análisis crítico de algunos fragmentos del libro de D'Souza, *El fin del Racismo*, muestra qué tipo de estructuras y estrategias discursivas es desplegado en el ejercicio del poder del grupo dominante (blanco, occidental, varón), y de qué modo son manipulados los lectores para que formen o confirmen representaciones sociales consistentes con la ideología conservadora de la supremacía (occidental, blanca).

La estrategia global consiste en implementar de manera combinada, y en todos los niveles del texto, la representación positiva del intra-grupo y la representación negativa del extra-grupo. En el libro de D'Souza, los principales medios retóricos empleados son la hipérbole y la metáfora, como ocurre con la desmesurada representación de los problemas sociales en términos de enfermedades ("patologías", "virus"), y con el énfasis en el contraste entre civilización y barbarie o entre civilizados y bárbaros. Semántica y léxicamente, los Otros se asocian de este modo, no simplemente con la diferencia, sino más bien con la anomalía ("ilegitimidad") y la amenaza (la violencia, los ataques). Pragmáticamente, las argumentaciones acerca de la depravación de la cultura de los negros se combinan con la negación o la omisión de las deficiencias de los blancos (su racismo), por medio de la mitigación retórica y la eufemización de sus crímenes (el colonialismo, la esclavitud), y con inversiones semánticas de la culpa (acusar a la víctima). De esta manera, el conflicto social es realzado y representado cognitivamente por polarización, y es sostenido y reproducido discursivamente por medio de la desvalorización, la demonización y la exclusión de los Otros de la comunidad de Nosotros, los Civilizados.

59 {van Dijk

Reconocimientos

Estoy en deuda con Ruth Wodak por sus comentarios sobre una versión preliminar de este capítulo, y con Laura Pardo por sus informaciones adicionales sobre las investigaciones en ACD en América Latina.

Referencias

- Agger, B. (1990). *The decline of discourse: reading, writing, and resistance in postmodern capitalism*. London: Falmer Press.
- Agger, B. (1991). *A critical theory of public life. Knowledge, discourse, and politics in an age of decline*. London: Falmer Press.
- Agger, B. (1992). *Cultural studies as critical theory*. London: The Falmer Press.
- Agger, B. (1992). *The discourse of domination. From The Frankfurt School to Postmodernism*. Evanston, IL: Northwestern University Press.

- Albert, E. M. (1972). Culture patterning of speech behavior in Burundi. In J. J. Gumperz & D. Hymes (Eds.), *Directions in sociolinguistics: The ethnography of communication*. (pp. 72-105). New York: Holt, Rinehart and Winston.
- Alexander, J. C., Giesen, B., Muench, R., & Smelser, N. J. (Eds.). (1987). *The micro-macro link*. Berkeley, CA: University of California Press.
- Andsager, J. L. (1990). Perceptions of Credibility of Male and Female Syndicated Political Columnists. *Journalism Quarterly*, 67(3), 485-491.
- Ang, I. (1982). *Watching Dallas: Soap opera and the melodramatic imagination*. London: Methuen.
- Apple, M. W. (1979). *Ideology and curriculum*. London: Routledge & Kegan Paul.
- Aronowitz, S. (1988). *Science as power: discourse and ideology in modern society*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Atkinson, P., Davies, B., & Delamont, S. (Eds.). (1995). *Discourse and reproduction. Essays in honor of Basil Bernstein*. Cresskill, NJ: Hampton Press.
- Bachem, R. (1979). *Einfuehrung in die Analyse politischer Texte*. (Introduction to the analysis of political discourse). Muenchen: Oldenbourg Verlag.
- Barker, A. J. (1978). *The African link: British attitudes to the Negro in the era of the Atlantic slave trade, 1550-1807*. London: Frank Cass.
- Bergvall, V. L., & Remlinger, K. A. (1996). Reproduction, resistance and gender in educational discourse: the role of Critical Discourse Analysis. *Discourse & Society* 7(4), 453-479.
- Bernstein, B. (1975). *Class, Codes and Control. Volume 3, Towards a Theory of Educational Transmissions*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Bernstein, B. (1990). *The structuring of pedagogic discourse*. London: Routledge.
- Birnbaum, N. (1971). *Toward a critical sociology*. New York: Oxford University Press.
- Boden, D. (1994). *The business of talk: Organizations in action*. Cambridge: Polity Press.
- Bourdieu, P. (1984). *Homo academicus*. Paris: Minuit.
- Bourdieu, P. (1989). *La noblesse d'etat. Grandes ecoles et esprit de corps*. Paris: Minuit.
- Bourdieu, P., Passeron, J. C., & Saint-Martin, M. (1994). *Academic discourse. Linguistic misunderstanding and professorial power*. Cambridge: Polity Press.
- Bradac, J. J., Hemphill, M. R., & Tardy, C. H. (1981). Language Style on Trial: Effects of "Powerful" and "Powerless" Speech upon Judgments of Victims and Villains. *Western Journal of Speech Communication*, 45(4), 327-341.
- Britton, B. K., & Graesser, A. C. (Eds.). (1996). *Models of understanding text*. Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Bruhn Jensen, K. (1995). *The social semiotics of mass communication*. London: Sage.
- Burton, F., & Carlen, P. (1979). *Official discourse. On discourse analysis, government publications, ideology and the state*. London: Routledge & Kegan Paul.
- Caldas-Coulthard, C. R., & Coulthard, M. (Eds.). (1996). *Texts and Practices: Readings in Critical Discourse Analysis*. London, England: Routledge.
- Calhoun, C. (1995). *Critical social theory*. Oxford: Blackwell.
- Cameron, D. (1992). *Feminism and linguistic theory*. Second Edition. London: MacMillan.

- Cameron, D. (Ed.). (1990). *The feminist critique of language. A reader*. London: Routledge.
- Carbo, T. (1992). Towards an interpretation of interruptions in Mexican parliamentary discourse. *Discourse & Society*, 3(1), 25-45.
- Carbo, T. (1995). *El discurso parlamentario mexicano entre 1920 y 1950. Un estudio de caso en metodología de análisis de discurso. (Mexican parliamentary discourse between 1920 and 1950. A case study in the methodology of discourse analysis)*. 2 vols. Mexico: CIESAS and Colegio de Mexico.
- Castles, S., & Miller, M. J. (1993). *The age of migration. International population movements in the modern world*. London: MacMillan.
- Chilton, P. (1988). *Orwellian language and the media*. London: Pluto Press.
- Chilton, P. (1996). *Security metaphors. Cold War discourse from containment to common house*. Bern: Lang.
- Chilton, P. (Ed.) (1985). *Language and the Nuclear Arms Debate: Nukespeak Today*. London and Dover, New Hampshire: Frances Printer.
- Chilton, P., & Lakoff, G. (1995). Foreign Policy by Metaphor. In C. Schaeffner & A. L. Wenden (Eds.), *Language and Peace*. (pp. 37-59). Aldershot: Dartmouth.
- Colebrook, C., & McHoul, A. (1996). Interpreting Understanding Context. *Journal of Pragmatics*, 25(3), 431-440.
- Collins, R., Curran, J., Garnham, N., Scannell, Schlesinger, P., & Sparks, C. (Eds.). (1986). *Media, culture and society*. London: Sage.
- Connolly, W. E. (1983). *The terms of political discourse*. Princeton: Princeton University Press.
- Coulthard, R. M. (Ed.). (1994). *Advances in Written Text Analysis*. London: Routledge.
- Danet, B. (Ed.) (1984). Legal discourse. *Text* 4, nrs. 1/3. special issue.
- Davis, H., & Walton, P. (Eds.) (1983). *Language, Image, Media*. Oxford: Blackwell.
- Davis, K. (1988). *Power under the microscope. Toward a grounded theory of gender relations in medical encounters*. Dordrecht: Foris.
- Derian, J. D., & Shapiro, M. J. (1989). *International/Intertextual relations*. Lexington, MA: D. C. Heath.
- Diamond, J. (1996). *Status and power in verbal interaction. A study of discourse in a close-knit social network*. Amsterdam: Benjamins.
- Dines, G., & Humez, J. M. M. (Eds.). (1995). *Gender, race, and class in media. A text-reader*. London, CA: Sage.
- Dorfman, A., & Mattelart, A. (1972). *Para leer el Pato Donald. Comunicación de Masas y Colonialismo. (How to read Donald Duck. Mass communication and colonialism)*. Mexico: Siglo XXI.
- Dovidio, J. F., & Gaertner, S. L. (Eds.). (1986). *Prejudice, discrimination, and racism*. Orlando, FL: Academic Press.
- Downing, J. (1984). *Radical Media: the political experience of alternative communication*. Boston: South End Press.
- Drew, P., & Heritage, J. (Eds.). (1992). *Talk at work. Interaction in institutional settings*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Duin, A. H., Roen, D. H., & Graves, M. F. (1988). Excellence or malpractice: The effects of headlines on readers' recall and biases. National Reading Conference (1987, St. Petersburg, Florida). *National Reading Conference Yearbook*, 37, 245-250.
- Duranti, A., & Goodwin, C., (Eds.). (1992). *Rethinking Context: Language as an Interactive Phenomenon* Cambridge: Cambridge University Press.
- Duszak, A. (Ed.). (1997). *Culture and styles of academic discourse*. Berlin: Mouton De Gruyter.
- Edelman, M. J. (1977). *Political language: Words that succeed and policies that fail*. New York: Academic Press.
- Edelman, M. J. (1985). *The symbolic uses of politics*. Second Edition. Urbana, IL: University of Illinois Press.
- Ehlich, K. (Ed.). (1989). *Sprache im Faschismus*. (Language under fascism). Frankfurt: Suhrkamp.
- Ehlich, K. (Ed.). (1995). *The discourse of business negotiation*. Berlin: Mouton de Gruyter.
- Essed, P. J. M. (1991). *Understanding everyday racism: An interdisciplinary theory*. Newbury Park, CA: Sage Publications, Inc.
- Fairclough, N. L. (1989). *Language and power*. London: Longman.
- Fairclough, N. L. (1992). *Discourse and social change*. Cambridge: Polity Press.
- Fairclough, N. L. (1995). *Critical Discourse Analysis: The Critical Study of Language*. Harlow, England: Longman.
- Fairclough, N. L. (1995). *Media Discourse*. London: Edward Arnold.
- Fairclough, N. L. (Ed.). (1992). *Critical Language Awareness*. London: Longman.
- Fairclough, N. L., & Wodak, R. (1997). Critical discourse analysis. In T. A. van Dijk (Ed.), *Discourse Studies: A multidisciplinary introduction*. Vol. 2. Discourse as social interaction. (pp. 258-284). London: Sage.
- Fay, B. (1987). *Critical Social Science*. Cambridge: Polity Pres.
- Ferree, M. M., & Hall, E. J. (1996). Rethinking Stratification from a Feminist Perspective: Gender, Race, and Class in Mainstream Textbooks. *American Sociological Review*, 61(6), 929-950.
- Fisher, S. (1995). *Nursing wounds: Nurse practitioners, doctors, women patients, and the negotiation of meaning*. New Brunswick, NJ: Rutgers University Press.
- Fisher, S., & Todd, A. D. (Eds.). (1986). *Discourse and institutional authority: Medicine, education, and law*. Norwood, NJ: Ablex.
- Fishman, P. (1983). Interaction: The work women do. In B. Thorne, C. Kramarae, & N. Henley (Eds.), *Language, gender and society* (pp. 89-101). New York: Pergamon Press.
- Fowler, R. (1991). Language in the news. *Discourse and ideology in the press*. London: Routledge.
- Fowler, R., Hodge, B., Kress, G., & Trew, T. (1979). *Language and control*. London: Routledge & Kegan Paul.
- Fox, C. J., & Miller, H. T. (1995). *Postmodern public administration. Toward discourse*. London, CA: Sage.

Fox, D. R., & Prilleltensky, I. (1997). *Critical psychology. An introduction*. London: Sage.

Gamson, W. A. (1992). *Talking Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.

Gans, H. (1979). *Deciding what's news*. New York: Pantheon Books.

Geis, M. L. (1987). *The language of politics*. New York: Springer.

Giles, H., & Coupland, N. (1991). *Language: Contexts and consequences*. Milton Keynes: Open University Press.

Giroux, H. (1981). *Ideology, culture and the process of schooling*. London: The Falmer Press.

Glasgow University Media Group. (1976). *Bad news*. London: Routledge & Kegan Paul.

Glasgow University Media Group. (1980). *More bad news*. London: Routledge & Kegan Paul.

Glasgow University Media Group. (1982). *Really bad news*. London: Writers and Readers.

Glasgow University Media Group. (1985). *War and peace news*. Milton Keynes & Philadelphia: Open University Press.

Glasgow University Media Group. (1993). *Getting the message. News, truth and power*. Edited by John Eldridge. London: Routledge.

Glasser, T. L., & Salmon, C. T. (Eds.). (1995). *Public opinion and the communication of consent*. New York, NY: Guilford Press.

Graber, D. A. (1980). *Crime news and the public*. New York: Praeger.

Graesser, A. C., & Bower, G. H. (Eds.). (1990). Inferences and text comprehension. *THE PSYCHOLOGY OF LEARNING AND MOTIVATION*, Vol. 25. New York: Academic Press.

Gramsci, A. (1971). *Prison notebooks*. New York: International Publishers.

Guespin, L. (Ed.). (1976). *Typologie du discours politique* (Typology of political discourse). *Langages* 41.

Hackett, R. A. (1991). *News and dissent. The press and the politics of peace in Canada*. Norwood, NJ: Ablex.

Haghighat, C. (1988). *Racisme "scientifique". Offensive contre l'egalite sociale.* ("Scientific" Racism. An attack against social equality). Paris: L'Harmattan.

Hall, S., Hobson, D., Lowe, A., & Willis, P. (Eds.). (1980). *Culture, Media, Language*. London: Hutchinson.

Hardt, H. (1992). *Critical communication studies. Communication, history, and theory in America*. London: Routledge.

Hartley, J. (1982). *Understanding News*. London and New York: Methuen.

Hartmann, P., & Husband, C. (1974). *Racism and the mass media*. London: Davis-Poynter.

Herman, E. S. (1992). *Beyond hypocrisy. Decoding the news in an age of propaganda: including A doublespeak dictionary for the 1990s*. Illustrations by Matt Wuerker. Boston, MA: South End Press.

Herman, E. S., & Chomsky, N. (1988). *Manufacturing consent. The political economy of the mass media*. New York: Pantheon Books.

Hirschman, A. O. (1991). *The rhetoric of reaction. Perversity, futility and jeopardy*. Cambridge, MA: The Belknap Press of Harvard University Press.

- Hodge, R., & Kress, G. (1988). *Social semiotics*. London: Polity Press.
- Hodge, R., & Kress, G. R. (1993). *Language as ideology*. London: Routledge.
- Holly, W. (1990). *Politikersprache. Inszenierungen und Rollenkonflikte im informellen Sprachhandeln eines Bundestagsabgeordneten*. (Politician's language. Dramatization and role conflicts in the informal speech acts of a Bundestag delegate). Berlin: De Gruyter.
- Houston, M., & Kramarae, C. (Eds.). (1991). Women speaking from silence. *Discourse & Society*, 2(4), special issue.
- Hymes, D. (Ed.). (1972). *Reinventing anthropology*. New York: Vintage Books.
- Ibáñez, T., & Rodríguez, L. (Eds.). (1997). *Critical social psychology*. London: Sage.
- Irvine, J. T. (1974). Strategies of status manipulation in the Wolof greeting. In R. Bauman, & J. Sherzer, J. (Eds.), *Explorations in the ethnography of speaking*. (pp. 167-191). Cambridge: Cambridge University Press.
- Jaeger, S. (1988). *Rechtsdruck. Die Presse der neuen Rechten*. ("Rechtsdruck": The press and the new right). Bonn: Dietz.
- Jaeger, S. (1992). BrandSaetze. Rassismus im Alltag. ('Brandsaetze' -Inflammatory Sentences / Firebombs. Racism in everyday life). DISS-Studien. Duisburg: DISS.
- Jaeger, S., & Link, J. (1993). *Die vierte Gewalt. Rassismus und die Medien*. (The Fourth Power. Racism and the Media). Duisburg: DISS.
- Jaworski, A. (1983). Sexism in textbooks. *British Journal of Language Teaching* 21(2), 109-113.
- Johnson-Laird, P. N. (1983). *Mental models*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Katz, P. A., & Taylor, D. A. (Eds.). (1988). *Eliminating racism. Profiles in controversy*. New York: Plenum Press.
- Kedar, L. (Ed.). (1987). *Power through discourse*. Norwood, NJ: Ablex.
- Khatib, S. M. (1989). Race and Credibility in Persuasive Communications. *Journal of Black Studies*, 19, 361-373.
- Klapper, J. T. (1960). *The effects of mass communication*. New York: Free Press.
- Klaus, G. (1971). *Sprache der Politik*. (Language of politics). Berlin: VEB Deutscher Verlag der Wissenschaften.
- Knorr-Cetina, K., & Cicourel, A. V. (Eds.). (1981). *Advances in social theory and methodology. Towards an integration of micro- and macrosociologies*. London: Routledge & Kegan Paul.
- Kotthoff, H., & Wodak, R. (Eds.). (1997). *Communicating Gender in Context*. Amsterdam: Benjamins.
- Kramarae, C., Schulz, M., & O'Barr, W. M. (Eds.). (1984). *Language and power*. Beverly Hills, CA: Sage.
- Kress, G., & Van Leeuwen, T. (1990). *Reading images*. Victoria: Deakin University Press.
- Lakoff, R. T. (1990). *Talking power. The politics of language*. New York: Basic Books.
- Lauren, P. G. (1988). *Power and prejudice. The politics and diplomacy of racial discrimination*. Boulder, CO: Westview Press.
- Lavandera, B. R. (1986). *Intertextual relationships: Missing people in Argentina*.

- Georgetown University Round Table in Language and Linguistics. (pp. 121-139). Washington: Georgetown University Press.
- Lavandera, B. R., García Negroni, M. M., López Ocon, M., Luis, C. R., Menéndez, S. M., Pardo, M. L., Raiter, A. G., & Zoppi-Fontana, M. (1986). Análisis sociolingüístico del discurso político. *Cuadernos del Instituto de Lingüística* 1(1). Buenos Aires: Instituto de Lingüística, Universidad de Buenos Aires.
- Lavandera, B. R., García Negroni, M. M., López Ocon, M., Luis, C. R., Menéndez, S. M., Pardo, M. L., Raiter, A. G., & Zoppi-Fontana, M. (1987). Análisis sociolingüístico del discurso político (II). *Cuadernos del Instituto de Lingüística*. Buenos Aires: Instituto de Lingüística, Universidad de Buenos Aires.
- Lee, M. A., & Solomon, N. (1990). *Unreliable sources: A guide to detecting bias in news media*. Carol Pub. Group.
- Leimdorfer, F. (1992). *Discours académique et colonisation. Themes de recherche sur l'Algérie pendant la période coloniale. (Academic discourse and colonization: Research on Algeria during the colonial period)*. Paris: Publisud.
- Liebes, T., & Katz, E. (1990). *The export of meaning: Cross-cultural readings of 'Dallas'*. New York: Oxford University Press.
- Lindgren-Lerman, C. (1983). Dominant discourse: The institutional voice and the control of topic. In: H. Davis, & P. Walton, (Eds.) *Language, image, media*. Oxford: Blackwell, 75-103.
- Linell, P., & Jonsson, L. (1991). Suspect stories: Perspectivesetting in an asymmetrical situation. In Ivana Markova, & Klaus Foppa (Eds.), *Asymmetries in dialogue. The dynamics of dialogue*. (pp. 75-100). nd; Barnes & Noble Books/Bowman & Littlefield Publishers: Harvester Wheatsheaf.
- Lukes, S. (Ed.). (1986). *Power*. Oxford: Blackwell.
- Manoff, R. K., & Schudson, M. (Eds.). (1987). *Reading the news*. New York: Pantheon Books.
- Martin Rojo, L. (1994). Jargon of delinquents and the study of conversational dynamics. *Journal of Pragmatics*, 21(3), 243-289.
- Martin Rojo, L. (1995). Division and rejection: from the personification of the Gulf conflict to the demonisation of Saddam Hussein. *Discourse & Society*, 6(1), 49-79.
- Martin Rojo, L., & van Dijk, T. A. (1997). "There was a problem, and it was solved!" Legitimizing the Expulsion of 'Illegal' Immigrants in Spanish Parliamentary Discourse. *Discourse & Society* 8(4), 523-567.
- Matouschek, B. M., Wodak, R., & Januschek, F. (1995). *Notwendige Massnahmen gegen Fremde? Genese und Formen von rassistischen Diskursen der Differenz*. Wien: Passagen-Verlag.
- Mercer, N. (1995). The guided construction of knowledge. Talk amongst teachers and learners. *Clevedon: Multilingual Matters*.
- Mey, J. L. (1985). *Whose language. A study in linguistic pragmatics*. Amsterdam: Benjamins.
- Miles, R. (1989). *Racism*. London: Routledge.

- Mishler, E. G.** (1984). *The discourse of medicine. Dialectics in medical interviews*. Norwood, NJ: Ablex.
- Mumby, D. K.** (1988). *Communication and power in organizations: discourse, ideology, and domination*. Norwood, NJ: Ablex.
- Mumby, D. K., & Clair, R. P.** (1997). Organizational discourse. In T. A. van Dijk (Ed.), (1997). *Discourse as social interaction. Discourse Studies. A multidisciplinary introduction*. Volume 1. (pp. 181-205). London: Sage.
- Mumby, D. K. (Ed.)**. (1993). *Narrative and social control. Critical perspectives*. Newbury Park: Sage.
- Nesler, M. S., Aguinis, H., Quigley, B. M., & Tedeschi, J. T.** (1993). The Effect of Credibility on Perceived Power. *Journal of Applied Social Psychology*, 23(17), 1407-1425.
- Ng, S. H., & Bradac, J. J.** (1993). *Power in language*. Newbury Park: Sage.
- Nimmo, D. D., Sanders, K. R. (Eds.)**. (1981). *Handbook of political communication*. Beverly Hills, CA: Sage.
- O'Barr, W. M., Conley, J. M., & Lind, A.** (1978). The Power of Language: Presentational Style in the Courtroom. *Duke Law Journal*, 14, 266-279.
- Osler, A.** (1994). Still Hidden from History: The Representation of Women in Recently Published History Textbooks. *Oxford Review of Education*, 20(2), 219-235.
- Palmer, M. T.** (1989). Controlling Conversations: Turns, Topics and Interpersonal Control. *Communication Monographs*, 56(1), 1-18.
- Pasierbsky, F.** (1983). *Krieg und Frieden in der Sprache. (War and Peace in Language)*. Frankfurt: Fischer.
- Pecheux, M.** (1969). *Analyse automatique du discours*. Paris: Dunod.
- Pecheux, M.** (1982). *Language, Semantics and Ideology*. New York: St. Martin's Press.
- Puette, W. J.** (1992). *Through jaundiced eyes. How the media view organized labor*. Ithaca, NY: ILR Press.
- Radtke, I. (Ed.)**. (1981). Die Sprache des Rechts und der Verwaltung. Volume II of *Deutsche Akademie fuer Sprache und Dichtung, Die oeffentliche Sprachgebrauch*. (The language of the law and the administration. Volume II of the German Academy of Language and Literature, Official Language Use). Stuttgart: Klett-Cotta.
- Rasmussen, D. M. (Ed.)**. (1996). *The Handbook of Critical Theory*. Oxford: Blackwell.
- Said, E. W.** (1979). *Orientalism*. New York: Random House (Vintage).
- Schaeffner, C., & Porsch, P.** (1993). Meeting the challenge in the path to democracy: Discursive strategies in government declarations in Germany and the former GDR. *Discourse & Society* 4(1), 33-56.
- Schaeffner, C., & Wenden, A. L. (Eds.)**. (1995). *Language and peace*. Aldershot: Dartmouth.
- Scherer, K. R., & Giles, H. (Eds.)** (1979). *Social markers in speech*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Seidel, G. (Ed.)**. (1988). *The nature of the right. A feminist analysis of order patterns*. Amsterdam: Benjamins.

- Shapiro, M. J. (Ed.). (1984). *Language and politics*. New York: University Press.
- Shohat, E., & Stam, R. (1994). *Unthinking Eurocentrism. Multiculturalism and the media*. London: Routledge.
- Shuy, R. W. (1992). *Language crimes. The use and abuse of language evidence in the Court Room*. Oxford: Blackwell.
- Sierra, M. T. (1992). *Discurso, cultura y poder. El ejercicio de la autoridad en los pueblos hñahñu del Valle del Mezquital*. (Discourse, culture and power. The exercise of authority in the hñahñu (Otomí) villages of the Mezquital Valley). Gobierno del Estado de Hidalgo: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Singh, R. (Ed.). (1996). *Towards a Critical Sociolinguistics*. Amsterdam: John Benjamins Publishing Co.
- Smith, D. E. (1991). Writing women's experience into social science. *Feminism and Psychology*, 1(1), 155-169.
- Solomos, J., & Wrench, J. (1993). *Racism and migration in Western Europe*. Oxford: Berg.
- Steiner, E. (1985). Towards a critical linguistics. In P. Chilton (Ed.), *Language and the nuclear arms debate: Nukespeak Today*, (pp. 213-230). London: Pinter.
- Tannen, D. (1994). *Gender and discourse*. New York: Oxford University Press.
- Tannen, D. (1994). *Talking from 9 to 5. How women's and men's conversational styles affect who gets heard, who gets credit, and what gets done at work*. New York: Morrow.
- Ter Wal, J. (1997). *The reproduction of ethnic prejudice and racism through policy and news discourse. The Italian case (1988-1992)*. Florence: Doctoral Thesis European Institute.
- Thomas, J. (1993). *Doing critical ethnography*. Newbury Park: Sage.
- Thorne, B., Kramarae, C. & Henley, N. (Eds.). (1983). *Language, gender and society*. Rowley, MA: Newbury House.
- Turkel, G. (1996). *Law and society. Critical approaches*. Boston, MA: Allyn & Bacon.
- UNESCO. (1977). *Ethnicity and the media*. Paris: Unesco.
- Van Dijk, T. A. (1984). *Prejudice in discourse*. Amsterdam: Benjamins.
- Van Dijk, T. A. (1987). *Communicating racism: Ethnic prejudice in thought and talk*. Newbury Park, CA: Sage Publications, Inc.
- Van Dijk, T. A. (1987). *Schoolvoorbeelden van racisme. De reproductie van racisme in maatschappijleerboeken* (Textbook examples of racism. The reproduction of racism in social science textbooks). Amsterdam: Socialistische Uitgeverij Amsterdam.
- Van Dijk, T. A. (1988a). How 'They' hit the headlines. Ethnic minorities in the press. In G. Smitherman-Donaldson & T. A. van Dijk (Eds.), *Discourse and Discrimination*, (pp. 221-262). Detroit, MI: Wayne State University Press.
- Van Dijk, T. A. (1988b). *News as discourse*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates, Inc.
- Van Dijk, T. A. (1988c). *News Analysis. Case studies of international and national news in the press*. Hillsdale, NJ: Erlbaum, 1988.
- Van Dijk, T. A. (1991). *Racism and the press*. London: Routledge.
- Van Dijk, T. A. (1992). Discourse and the Denial of Racism. *Discourse and Society*, 3(1), 87-118.

- Van Dijk, T. A. (1993a). *Elite discourse and racism*. Newbury Park, CA: Sage Publications, Inc.
- Van Dijk, T. A. (1993b). Principles of Critical Discourse Analysis. *Discourse and Society* 4(2), 249-83.
- Van Dijk, T. A. (1996). Discourse, Power and Access. In Caldas-Coulthard, Carmen Rosa, & Coulthard, Malcolm (Eds.), *Texts and Practices: Readings in Critical Discourse Analysis*. (pp. 84-104). London, England: Routledge.
- Van Dijk, T. A. (1998a). *Ideology: A multidisciplinary study*. London: Sage.
- Van Dijk, T. A. (1998b). Towards a Theory of Context and Experience Models in Discourse Processing. In H. van Oostendorp & S. Goldman (Eds.), *The construction of mental models during reading*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Van Dijk, T. A., & Kintsch, W. (1983). *Strategies of discourse comprehension*. New York: Academic Press.
- Van Leeuwen, T. J. (1993). Genre and Field in Critical Discourse Analysis: A Synopsis. *Discourse and Society* 4(2), 193-223.
- Van Leeuwen, T. J. (1995). Representing Social-Action. *Discourse & Society*, 6(1), 81-106.
- Van Leeuwen, T. J. (1995). *The grammar of legitimation*. London School of Printing, School of Media.
- Van Leeuwen, T. J. (1996). The representation of social actors. In C. R. Caldas-Coulthard & M. Coulthard (Eds.), *Texts and practices. Readings in Critical Discourse Analysis*. London: Routledge.
- Van Oostendorp, H., & Zwaan, R. A. (Eds.). (1994). *Naturalistic Text Comprehension*. Norwood, NJ: Ablex.
- Van Zoonen, L. (1994). *Feminist media studies*. London: Sage.
- Verrillo, E. (1996). Who Is Anita Hill? A Discourse-Centered Inquiry into the Concept of Self in American Folk Psychology. In Ragan, Sandra L., Bystrom, Dianne G., Kaid, Lynda Lee, & Beck, Christina S. (Eds.), *The Lynching of Language: Gender, Politics, and Power in the Hill-Thomas Hearings*. (pp. 61-83). Urbana, IL: University Illinois Press.
- Weaver, C. A., Mannes, S., & Fletcher, C. R. (Eds.). (1995). *Discourse comprehension. Essays in honor of Walter Kintsch*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum.
- Wellman, D. T. (1993). *Portraits of white racism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- West, C. (1984). *Routine complications: Troubles with talk between doctors and patients*. Bloomington: Indiana University Press.
- Wetherell, M., & Potter, J. (1992). Mapping the language of racism: Discourse and the legitimation of exploitation. Chichester: Columbia University Press.
- Whillock, R. K., & Slayden, D. (Eds.). (1995). *Hate speech*. London, CA: Sage.
- Wilkes, A. L. (1997). *Knowledge in minds. Individual and collective processes in cognition*. Hove: Psychology Press.
- Williams, J. (Ed.). (1995). *PC Wars. Politics and theory in the academy*. New York: Routledge.
- Willis, P. (1977). *Learning to Labour: How Working Class Kids Get Working Class Jobs*. London: Saxon House.

- Wilson, C. C., & Gutierrez, F., (1985). *Minorities and the media*. Beverly Hills, Ca., & London: Sage Publications.
- Wilson, J. (1990). *Politically speaking*. Cambridge: Blackwell.
- Wodak, R. (1984a). Determination of guilt: Discourses in the courtroom. In C. Kramarae, M. Schulz, & W. M. O'Barr, (Eds.). *Language and power*. (pp. 89-100). Beverly Hills, CA: Sage.
- Wodak, R. (1984b). The Language of Love and Guilt: Relationships between Mothers and Daughters from a Socio- and Psycholinguistic Point of View. *Resources for Feminist Research / Documentation sur la Recherche Feministe*, 13(3), 21-25.
- Wodak, R. (1985). The interaction between judge and defendant. In: T. A. van Dijk (Ed.), *Handbook of Discourse analysis. Vol. 4. Discourse analysis in society* (pp. 181-191). London: Academic Press.
- Wodak, R. (1987). 'And Where Is the Lebanon?' A Socio-Psycholinguistic Investigation of Comprehension and Intelligibility of News. *Text*, 7(4), 377-410.
- Wodak, R. (1991). Turning the tables: Antisemitic discourse in post-war Austria. *Discourse & Society*, 2, 65-84.
- Wodak, R. (1996). *Disorders of discourse*. London: Longman.
- Wodak, R. (1997). *Gender and discourse*. London: Sage.
- Wodak, R. (Ed.). (1989). *Language, Power and Ideology. Studies in political discourse*. Amsterdam: Bejamins.
- Wodak, R., de Cillia, R., Bluemel, K., & Andraschko, E. (1987). *Sprache und Macht*. Wien: Deuticke.
- Wodak, R., de Cillia, R., Reisigl, M., Liebhart, K., Hofstaetter, K., & Kargl, M. (1997). *Diskursive Konstruktion nationaler Identitaet (The discursive construction of national identity)*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Wodak, R., & Kirsch, P. (Eds.). (1995). *Totalitaere Sprache (Totalitarian languages)*. Vienna: Passagen Verlag.
- Wodak, R., & Menz, F. (Eds.). (1990). *Sprache in der Politik - Politik in der Sprache. Analysen zum oeffentlichen Sprachgebrauch. (Language in politics - politics in language. Analyses of public language use)*. Klagenfurt: Drava.
- Wodak, R., Menz, F., Lutz, B., & Gruber, H. (1985). *Die Sprache der Maechtigen - die Sprache der Ohnmaechtigen. Der Fall Hainburg. (The language of the powerfull - the language of the powerless. The case of Hainburg)*. Wien: Arbeitsgemeinschaft fuer politische Bildung.
- Wodak, R., Nowak, P., Pelikan, J., Gruber, H., de Cillia, R., & Mitten, R. (1990). "Wir sind alle unschuldige Taeter". *Diskurshistorische Studien zum Nachkriegsantisemitismus ("We are all innocent perpetrators" Discourse historic studies in post war antisemitism)*. Frankfurt/Main: Suhrkamp.
- Wrong, D. H. (1979). *Power: Its forms, bases and uses*. Oxford: Blackwell.
- Zimmermann, H. D. (1969). *Die politische Rede. Der Sprachgebrauch Bonner Politiker. (Political Speech. Language use of Bonn's politicians)*. Stuttgart: Kohlhamme